Centro de Estudios Mirobrigenses

Excmo. Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

EL GENERAL ROBERT CRAUFURD Y EL ASALTO DE CIUDAD RODRIGO POR LOS INGLESES EN 1812

POR

D. FELICIANO SIERRO MALMIERCA

DISCURSO LEIDO EL DIA 30 DE OCTUBRE DE 1993 EN EL ACTO DE SU SOLEMNE RECEPCION ACADEMICA

Y CONTESTACION DEL

Dr. D. JUSTO GARCIA SANCHEZ

MIEMBRO NUMERARIO DEL C.E.M.

CIUDAD RODRIGO
1993

Depósito Legal: S-329-1993

Diseño, maquetación e impresión:

Lletra
Avda. Conde de Foxá, nº 89
☎ 48 12 68
37500 Ciudad Rodrigo

I

EL GENERAL ROBERT CRAUFURD Y EL ASALTO DE CIUDAD RODRIGO POR LOS INGLESES EN 1812

POR

D. FELICIANO SIERRO MALMIERCA

DISCURSO LEIDO EL DIA 30 DE OCTUBRE DE 1993 EN EL ACTO DE SU SOLEMNE RECEPCION ACADEMICA

INTRODUCCION

Sr. Presidente y miembros del Centro de Estudios Mirobrigenses, señoras y señores que nos honran con su presencia.

Recibido casi con la solemnidad de un recipiendario en las doctas Academias, soy consciente del honor y de la responsabilidad que para mí significa el leer el discurso que me compromete a pertenecer como miembro numerario permanente de esta institución cultural.

Hay momentos de la vida que tienen más valor que años enteros, como éste que ahora estoy disfrutando, que se necesitan largos periodos de labor para conseguirlo.

Antes de entrar en materia me siento obligado a justificarme ante Uds. y mis compañeros para aclarar lo que pudiera interpretarse como extrañas conductas.

Hace tiempo que me comprometí a leer mi discurso de ingreso en este Centro, pero causas originadas por la mala salud de hierro que disfruto, gracias a Dios, fueron las que frustraron mis esperanzas.

También el tema que en un principio me propuse desarrollar, "Las historias de Ciudad Rodrigo vistas a través de la obra de Sánchez Cabañas", me vi precisado a cambiarlo por éste sobre "El general Robert Craufurd y el asalto de Ciudad Rodrigo por los ingleses en 1812", no por aprovecharme de la oportunidad del homenaje que se le iba a tributar al general Craufurd, sino que vi que

INTRODUCCION

Sr. Presidente y miembros del Centro de Estudios Mirobrigenses, señoras y señores que nos honran con su presencia.

Recibido casi con la solemnidad de un recipiendario en las doctas Academias, soy consciente del honor y de la responsabilidad que para mí significa el leer el discurso que me compromete a pertenecer como miembro numerario permanente de esta institución cultural.

Hay momentos de la vida que tienen más valor que años enteros, como éste que ahora estoy disfrutando, que se necesitan largos periodos de labor para conseguirlo.

Antes de entrar en materia me siento obligado a justificarme ante Uds. y mis compañeros para aclarar lo que pudiera interpretarse como extrañas conductas.

Hace tiempo que me comprometí a leer mi discurso de ingreso en este Centro, pero causas originadas por la mala salud de hierro que disfruto, gracias a Dios, fueron las que frustraron mis esperanzas.

También el tema que en un principio me propuse desarrollar, "Las historias de Ciudad Rodrigo vistas a través de la obra de Sánchez Cabañas", me vi precisado a cambiarlo por éste sobre "El general Robert Craufurd y el asalto de Ciudad Rodrigo por los ingleses en 1812", no por aprovecharme de la oportunidad del homenaje que se le iba a tributar al general Craufurd, sino que vi que

era el momento propicio para dar a conocer ciertos datos sobre este personaje y sobre la ciudad, que había descubierto en mis investigaciones históricas.

La publicación de mi artículo "Las anchas espaldas de Salamanca (capital) (Carta abierta a su Alcalde)" en "La Voz de Miróbriga" del 26 de julio de 1981, donde pedí el traslado de los restos de don Julián Sánchez "El Charro" desde Salamanca a Ciudad Rodrigo, suscitó una serie de interrogantes en algunos lectores, en especial la referencia que hice al enterramiento del general Craufurd en los muros del sistema defensivo mirobrigense, referencia que ningún historiador, hasta el momento, había mencionado.

¿Pero quién fue el general Robert Craufurd?, preguntaba en mi artículo, y ¿dónde y cómo murió y en qué lugar se halla enterrado?

Estos interrogantes son los que intentaba clarificar, esperando la ocasión más propicia para ello.

Nada de extraño tiene el que la casi totalidad de los mirobrigenses ignorasen quién fuera el general Craufurd. Los escasos datos que se conocían de él en relación con Ciudad Rodrigo, eran los proporcionados por Pérez de Herrasti en su "Relación circunstanciada".

El general Craufurd no llegó a alcanzar la fama de un Napoleón o de un Wellington, de quien llegó a ser su mejor lugarteniente, porque su vida se quebró y las trompetas que proclamaban su fama enmudecieron, callaron ahogadas con su último suspiro ante los muros mirobrigenses, en los que con él fueron enterrados su fama y su gloria.

Ignoro si en Ciudad Rodrigo (escribía yo en aquél entonces) existe actualmente alguna calle, aunque sólo sea una calle, dedicada al recuerdo de este hombre que vio truncada su fulgurante y aureolada carrera militar delante de los muros de nuestra ciudad.

Sin embargo de este reconocimiento, se ha de tener en cuenta que el general Craufurd fue un personaje contradictorio para el sentir de los españoles, que obró a impulsos de su profesionalidad como soldado hasta las últimas consecuencias, sólo y exclusivamente en favor de su nación. En 1807 colaboró en el intento de arrebatarle a España parte de sus posesiones en Hispanoamérica, y en 1812 murió en su intento de liberar a Ciudad Rodrigo, todo en beneficio exclusivo de su país.

Después de estas preliminares palabras, sólo me resta el decirles que soy el primero de los miembros de este Centro que se presenta a decir su discurso de ingreso con las manos vacías de títulos sobresalientes que avalen la calidad de su trabajo, aunque para mí, sin especificar otros motivos, el mayor timbre de honor es el de ostentar un título que es difícil de conseguir, o naces con él, o por el contrario nunca se podrá conseguir de pleno derecho, es el título que me enaltece y del que siempre me he sentido orgulloso, el título de mirobrigense.

Pero si alguien valora más las apariencias que las cualidades naturales, voy a referirles una anécdota que puede ilustrar la defensa de mi discurso.

Estando Napoleón confinado en la isla de Santa Elena, salió una tarde a pasear por la campiña con una señora de la nobleza que fue a visitarle, y cuando iban por un estrecho sendero, un labrador venía hacia ellos con una pesada carga a cuestas. Napoleón se apartó a un lado, pero como observara que la dama no tenía intención de ceder el paso, el ilustre cautivo exclamó: —"Señora, respetad la carga".

Y permítanme que como colofón tenga un emocionado recuerdo filial y de gratitud para mis padres, Isabel y Juan Antonio, honrados industriales lecheros que fueron durante muchos años de esta ciudad.

EL VUELO DEL HALCON

La India.- Europa.- Buenos Aires.

El general Robert Craufurd nació el 5 de mayo de 1764, tercer hijo de Sir Alexander Craufurd, primer barón de Neward, Ayrshire, y hermano del general Sir Charles Gregan-Craufurd.

Ingresó en el ejército en 1779 como abanderado del 25º Regimiento, y promovido a lugarteniente en 1781 y a capitán en 1783 en el 75º Regimiento, en el que sirvió de 1790 a 1792 en la India, a las órdenes de Lord Cornwallis. Después de su vuelta a Europa participó en Austria, junto a su hermano Charles, contra los franceses, donde éste resultó gravemente herido. A su vuelta a Inglaterra, en diciembre de 1797, fue ascendido a lugarteniente coronel. Al año siguiente actuó como intendente del ejército en Irlanda, y sus servicios durante la represión de la insurrección irlandesa en 1798 fueron reconocidos y juzgados por sus superiores como de muy relevantes. En 1799 participó como agregago militar inglés en la famosa campaña contra los franceses que en Suiza dirigió el general ruso Alejandro Vasilievich Suvarof. Después de un corto periodo dedicado a la política, apoyado por su hermano Charles, el 30 de octubre de 1805 es ascendido a coronel, y en 1807, tras fracasar el brigadier Beresford, el futuro vencedor de la batalla de Albuera, en su intento de apoderarse de Buenos Aires en 1806, tras fracasar el brigadier Beresford, el futuro vencedor de la batalla de Albuera, en su intento de apoderarse de Buenos

Aires en 1806, por no renunciar a sus insaciables ansias expansionistas y para compensar con territorios españoles los mercados que había perdido Inglaterra al lograr los norteamericanos su independencia, otras dos expediciones que los británicos habían enviado a Ultramar, una de 4.300 hombres al mando del brigadier Auchmuty y otra de 4.800 comandada por el también brigadier Craufurd para invadir Chile, cambian de rumbo al enterarse de la derrota y expulsión de Beresford de Buenos Aires, se unen ambas expediciones y se ponen bajo las órdenes de uno de los más brillantes militares ingleses, el teniente general Whitelocke, para intentar recuperar la ciudad perdida.

La admirable defensa del ejército español al mando del brigadier Santiago de Liniers, secundado por la heroica actitud del pueblo porteño, evitó la invasión y le infligió tal derrota al ejército inglés que se vio obligado a capitular. El brigadier Craufurd se rindió con 930 hombres, que quedaron prisioneros, con la entrega de su espada al coronel Elio, del ejército de Liniers. El ejército inglés tuvo que abandonar Buenos Aires y, tras entregar la ciudad de Montevideo, que tenía ocupada, embarcar rumbo a Inglaterra.

Como consecuencia de esta derrota, el teniente general Whitelocke fue juzgado por un consejo de guerra, que lo consideró "totalmente inepto e indigno de servir a S.M. en ninguna clase militar".

En 1808, Sir Arthur Wellesley, el futuro Lord Wellington, preparaba una nueva expedición para llevar a cabo una tercera tentativa para invadir territorios hispanoamericanos, esta vez por la parte de Venezuela, con tropas concentradas en Cork, en el sur de Irlanda, cuando, con esa versatilidad y pragmatismo que ha caracterizado a los ingleses para cambiar radicalmente de actitud, apenas sin transición y sin alterar la compostura, recibió la orden de trasladarse con aquellas fuerzas hacia la Península Ibérica, para donde salió el 12 de julio de 1808. Pretendió Wellesley desembarcar en las costas gallegas, pero al impedírselo la Junta de Galicia, con justa y natural suspicacia, tuvo que ir a desembarcar en la costa portuguesa, en una bahía cercana a Figueira da Foz, siendo éste el primer contingente o cuerpo expedicionario inglés enviado a la Peninsula para enfrentarse a la invasión napoleónica.

GENERAL CRAUFURD

From a drawing in the possession of LIEUT.- COLONEL R. HOLDEN

CRAUFURD EN ESPAÑA

La retirada de La Coruña.- Batalla de Talavera.- Sitio de Ciudad Rodrigo.- Batalla del Coa.- Batalla de Busaco.- Batalla de Fuentes de Oñoro.

El 26 de octubre de 1808 comenzó el desembarco en La Coruña de un cuerpo de ejército de 12.000 soldados ingleses al mando del general David Baird, que el gobierno inglés enviaba como refuerzo para el ejército británico en Portugal comandado por Sir Jhon Moore. Con este refuerzo llegó el brigadier Robert Craufurd al frente de su ya fomosa Brigada Ligera.

Estas fuerzas se unieron a las del general Moore en Mayorga, en Valladolid, el 20 de diciembre, cuando se replegaba hacia La Coruña ante el acoso de fuerzas francesas muy superiores, al mando del propio Napoleón, de los mariscales Soult y Ney, la división Lapisse y otras selectas, que trataban de copar y destruir a los ingleses con un movimiento envolvente concertado, por lo que Sir Hon Moore se vio obligado a dispersar parte de su ejército, mientras con el grueso se batía en una precipitada retirada, célebre por trágica y desgraciada, hacia La Coruña, para desde allí repatriar a su ejército. Por ello ordenó que la 1ª Brigada Ligera al mando de Craufurdy la 2ª del general von Alten, de la King German Legion, se dirigieran, bajo el mando de éste último, por Orense hacia Vigo para embarcar rumbo a Inglaterra. Llegaron las dos

Brigadas Ligeras a Orense el 7 de enero de 1809, y desde allí se dirigieron a Vigo, donde embarcaron el 12, para salir el 17 en ruta hacia Inglaterra.

En 1809, con la categoría de brigadier general, le fue ordenado de nuevo a Craufurd su marcha hacia la Península al mando de la Brigada Ligera, compuesta de los regimientos 43º, 52º y de un batallón del 95º. Embarcó con sus hombres el 25 de mayo, pero vientos contrarios los tuvieron detenidos en los puertos ingleses del canal de la Mancha, desde donde partió, sin dilación, con su brigada hacia Extremadura para unirse a las fuerzas de Sir Arthur Wellesley.

Al llegar por Navalmoral de la Mata el 28 de julio, obtuvo noticias imprecisas de algunos huidos, de que en Talavera de la Reina se había librado una gran batalla y que el general inglés había muerto. Aquél mismo día, Craufurd salió en dirección a Talavera conduciendo su brigada a marchas forzadas, cubriendo la distancia de 43 millas (unos 69 kms.) en 22 horas, una proeza sin parangón en los ejércitos de aquel tiempo.

Cuando Craufurd llegó con sus 3.000 hombres exhaustos a Talavera en la mañana del 29, la batalla ya había concluido, había comenzado a las 9 de la noche el día 27 de julio y se había desarrollado y terminado el 28, no obstante, las maltrechas y agotadas fuerzas de Wellington recibieron a la brigada de Craufurd con clamorosos hurras por el refuerzo que significaban.

Después de la precaria victoria de Talavera, Wellington se retiró a Portugal con todos sus efectivos, donde penetró a finales de 1809, situando su ejército en distintos pueblos y ciudades de la cuenca del Mondego, prevenido en espera de un temido ataque francés, mientras sus ingenieros levantaban un sistema defensivo en Torres Vedras que resultaría infranqueable para los franceses.

El empuje enemigo no se hizo esperar. El 25 de abril de 1810 las avanzadillas de un poderoso ejército francés comenzaron a tomar posiciones alrededor de Ciudad Rodrigo, fuera del alcance de los tiros de los cañones de la plaza, por lo que tuvieron que salir a hostigarlas en días sucesivos la partida de caballería del teniente coronel don Julián Sánchez, las fuerzas al mando del comandante don Cayetano Puente, las del coronel don Antonio Camargo y el teniente coronel de artillería don Isidro López con morteros de campaña.

A pocas leguas de la ciudad, la División de Vanguardia del ejército de la Izquierda, al mando de don Martín de la Carrera, del Ejército del Marqués de la Romana, unida a los puestos avanzados de la Brigada Ligera del general Craufurd, se situaron en línea a lo largo de la ribera izquierda del río Agueda en observación de los movimientos del enemigo.

El general Craufurd, hasta que los franceses cerraron por completo el cerco de Ciudad Rodrigo el día 7 de junio, en que la Junta Superior de Castilla la Vieja declaró la plaza en estado de sitio, penetró en la ciudad en varias

ocasiones para estudiar la situación de las fuerzas francesas, interesarse por los situados y transmitirle mensajes de Wellington a Pérez de Herrasti, uno de cuyos escritos pudo ser el documento señalado con el núm. 1, y otro, que no se ha podido localizar, pero que hay constancia de su existencia, en el que le decía que **"si resistía 20 días, iría en su socorro".**

El primer contacto de Craufurd con los sitiados fue el día 1 de mayo, que penetró en la ciudad para hacer un reconocimiento de la fuerza y puntos que ocupaba el enemigo, según el parte dado por don Julián Sánchez a la Junta Superior de Castilla la Vieja fechado el día 2 de mayo desde su cuartel del Arrabal de San Francisco, y no el día 17, como dice en su conocida obra Pérez de Herrasti. A las cinco de la tarde salió Craufurd de la plaza acompañado de don Julián Sánchez con 100 hombres de su partida, para reconocer las líneas enemigas situadas por el Teso de San Francisco, por la parte del Tejar, la Chamorrilla y el camino de Capilla, y al ser acosados por fuerzas enemigas superiores, don Julián Sánchez, en contra del parecer de Craufurd que lo consideró una temeridad, les presentó batalla causándoles un muerto, 16 heridos, que quedaron tendidos en el campo de batalla, tres caballos muertos y 14 que se llevaron a la plaza, después de poner a buen recaudo al general Craufurd, que quedó asombrado de la pericia y audacia que habían demostrado don Julián Sánchez y los hombres de su partida.

La segunda vez que Craufurd estuvo en la ciudad fue el 30 de mayo. Se celebró ese día la fiesta de San Fernando, en homenaje al monarca Fernando VII, con una brillante demostración de fuerza.

Coronado todo el perímetro amurallado de la plaza por tropas de la guarnición, y el recinto exterior del arrabal de San Francisco cubierto por las compañías de cazadores y la caballería, se hicieron tres salvas de artilleria, a las 5 de la mañana, 12 del mediodía y 6.30 de la tarde, seguida cada una de ellas por descargas de fusilería. El efecto producido por 5.500 bocas de fuego disparadas en todas las direcciones, sucesivamente, sin interrupción, causaron tal sobresalto en los sitiadores, que tocaron alarma todas las cajas y trompetas de sus campamentos.

El general Robert Craufurd permaneció todo el día en la plaza y pudo ser testigo de espectáculo, saliendo por la tarde a reconocer las disposiciones de las fuerzas enemigas acompañado por don Julián Sánchez con toda su caballería. En esta ocasión el general inglés, más precavido, había dejado en Conejera una escolta de 300 de a caballo para escoltarlo y cubrir su retorno al campamento inglés.

El día 2 de junio, a las 5.30 de la tarde, volvió de nuevo Craufurd para hacer un reconocimiento del vado de Cantarranas, acompañado como siempre de don Julián Sánchez con su partida, para examinar un puente provisional

que los frenceses habían tendido sobre el río Agueda, defendido por 8 piezas de campaña y unos 2.000 soldados de infantería, apoyados por 200 ó 300 de a caballo.

El día 4 de julio, para evitar un posible socorro a la plaza por las fuerzas de vanguardia del general Craufurd, varios batallones de infantería y 1.200 jinetes franceses del general Loison, obligaron a Craufurd a retirarse sobre el Fuerte de la Concepción. Craufurd estaba prevenido para un repliegue ordenado de sus fuerzas y pudo retirarse sin precipitaciones ni sobresaltos. Para evitar cualquier sorpresa si los franceses vadeaban el Agueda, Craufurd había adiestrado de tal modo a su Brigada Ligera que, según Napier, "siete minutos bastaban a la división para ponerse sobre las armas a media noche, y un cuarto de hora, de noche o de día, para situarla en orden de batalla en los puntos de alarma con los bagajes cargados y reunidos a conveniente distancia a retaguardia".

Al capitular Ciudad Rodrigo el 10 de julio, después de soportar un bloqueo de 77 días y un asedio completo de 34, con 25 días de trinchera abierta, que hizo detener a todo el Ejército de Portugal compuesto por unos 62.000 hombres al mando del mariscal Massena y de los mariscales y generales tan prestigiosos como Ney, Junot, Loison, Ruty, Eblé, Mermet, Montbrun, Solignat, Clausel, Simon y otros muchos, a las 2 de la noche del día 21 de julio, Craufurd, ante el ataque súbito de la caballería del general Loison, al mando del general Treilhard, tuvo que abandonar precipitadamente sus posiciones en el Fuerte de la Concepción sin darle tiempo de prenderle fuego a las mechas de todas las minas que había colocado para volarlo, según la había ordenado Wellington que hiciera tras su retirada. Tres de los hornillos no le dio tiempo a explosionarlos y los que fueron prendidos no destruyeron más que una parte de las fortificaciones.

La misma suerte sufrió este magnífico Real Fuerte de Nuestra Señora de la Concepción, o de Osuna, a finales de 1807, que en parte fue destruido por las tropas de Junot a su paso para Portugal.

Craufurd replegó sus fuerzas en dirección a Almeida, en la ribera del Coa, 3.200 ingleses y 1.110 portugueses, incluidos 8 escuadrones de caballería, apoyando su flanco izquierdo sobre la plaza de Almeida y el derecho sobre el río, lugar en el que tuvo que sostener el día 24 un duro enfrentamiento contra fuerzas enemigas muy superiores que lo pusieron en situación muy embarazosa, salvada gracias a la disciplina, arrojo y buen comportamiento de su famosa brigada, que logró pasar, aunque a costa de la gran pérdida de 352 soldados, entre muertos, heridos y prisioneros, a través del puente a la orilla opuesta del Coa, como dos días antes le había sugerido Wellington que lo hiciera, consejo que Craufurd no tomó en consideración por no dejar abandonada a su suerte a

la plaza de Almeida, confiando en verse protegido bajo la cobertura del tiro de sus cañones, que creyó eficaces, y en la ayuda que esperaba recibir del general Picton.

Este comportamiento o proceder de Craufurd, aunque fue criticado durante, de forma muy adversa, no le restó crédito ante los ojos de Wellington, que admiraba su capacidad, quien para demostrarle que seguía gozando de su confianza, incrementó las fuerzas a su mando agregando a su división parte del 14º de Dragones Ligeros, un escuadrón de artillería volante y dos batallones de Cazadores portugués, el 1º y el 3º.

Después de capitular la plaza de Almeida, la Brigada Ligera de Craufurd fue protegiendo la retirada de las fuerzas aliadas hacia el interior de Portugal, ante el acoso implacable del mariscal Massena, que obstinadamente procuraba atosigarlas para forzar una batalla que podría ser definitiva, procurando dificultar el avance del ejército francés, dejando las tierras inhóspitas, calcinadas, aplicando la táctica de "tierra quemada", aunque también el ejército inglés tuvo serias dificultades en su retirada al verse entorpecido por el éxodo masivo de los portugueses que huían de los invasores.

Para frenar los ímpetus y el acoso del ejército francés, contenido su avance en especial por la Brigada Ligera de Craufurd, Wellington planificó un combate y procuró para ello elegir y establecer a su ejército en una posición ventajosa en la Sierra de Busaco formando una línea defensiva que cubría un largo de más de 14 kilómetros donde tuvo lugar los días 25, 26 y 27 de septiembre un encarnizado enfrentamiento entre los dos ejércitos, destacando el día 27, por su bravura y efectividad la Brigada Ligera de Craufurd con sus ataques y contraataques fulminantes y su movilidad y agilidad extraordinarias, especialmente en la carga que le dio en la cumbre izquierda de la Sierra de Busaco a una de las divisiones del cuerpo de ejército del mariscal Ney, bajo el mando del general Loison, que había ocupado una posición dominante y fue obligada a desalojarla mediante un ataque a la bayoneta calada por los regimientos 43º, 52º y 95º, y el 3º regimiento de Cazadores portugueses, causándole al enemigo numerosas pérdidas y el hacer prisionero, un soldado del regimiento 52º, al general Simon, episodio el de esta batalla que le valió a Craufurd el que Wellington lo citase en el parte de operaciones como de muy distinguida su acción personal, diciendo que "en este combate se distinguió personalmente el brigadier general Craufurd, el teniente coronel Beckwit del regimiento 95º, Barclay del regimiento 52º y los comandantes de los regimientos empleados en esta acción".

La batalla de Busaco resultó un duro quebranto para el ejército de Massena, pues, proporcionalmente, fue la batalla de la Guerra de la Independencia donde los franceses experimentaron el mayor número de bajas

en el cuadro de mando de sus oficiales. El general Graindorge, dos coroneles y 52 oficiales de menor graduación resultaron muertos, y 4 generales, Maucune, Foy, Merle y Simón heridos, y el último prisionero, así como también resultaron heridos 5 coroneles y 189 oficiales.

Después de la batalla de Busaco, Wellington fue replegando el ejército combinado hacia Coimbra y Lisboa, cubriendo la retirada la Brigada Ligera de Craufurd hasta que todo el ejército estuvo situado tras las fortificaciones de Torres Vedras, donde a Craufurd le tocó cubrir el sector de Arruda.

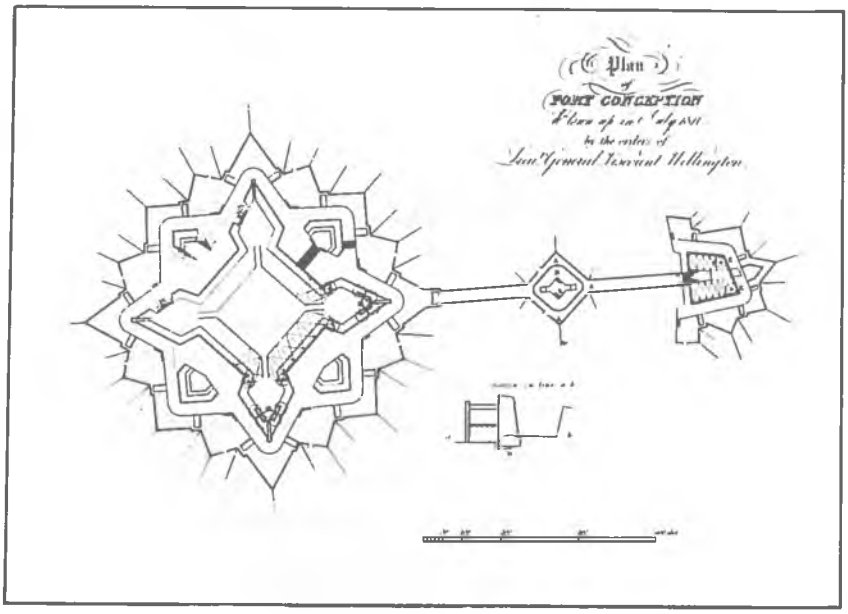
Estacionada la situación militar en Portugal, el general Craufurd marchó a disfrutar de un permiso a Inglaterra a primeros de febrero de 1811, pasando a ejercer el mando de la Brigada Ligera en su ausencia el mayor general William Erskine, que dejaría patente y demostrada su ineptitud para dirigir una unidad tan especial.

Durante su estancia en Inglaterra, Craufurd publicó en el "Times" un alegato de defensa de su dura y adversamente criticada actuación en la batalla del Coa.

La incorporación del general Craufurd a su unidad de mando se verificó en la noche del 4 al 5 de mayo, la misma víspera del día de la gran batalla de Fuentes de Oñoro, en que la División Ligera, la más selecta de las unidades de Wellington, recuperó a su jefe habitual, que fue recibido por sus tropas con muestras de júbilo y con vítores de alegría en demostración de lo muy querido y apreciado que era por sus soldados.

En la batalla de Fuentes de Oñoro, la Brigada Ligera jugó un papel muy importante en el desarrollo del combate, pero sobre todo hay que destacar el socorro que le prestó a la 7ª división, la unidad más débil por la cantidad y calidad de los hombres que la integraban, y a la caballería cuando se hallaban en una situación muy comprometida, y en el cambio de posición que realizó por orden de Wellington desde la vanguardia, delante del enemigo, hacia la retaguardia, que llevó a cabo sin descomponer la defensa, maniobrando con la intrepidez y eficacia que le caracterizaba.

Su comportamiento en la batalla de Fuentes de Oñoro le valió para ser promovido, con fecha 4 de junio de 1811, al grado de Mayor General.



Plano inglés del Fuerte de la Concepción, señalizando el lugar de las voladuras ordenadas por el Teniente General Vizconde de Wellington, en julio de 1810.

Londres, 1816
(Archivo del autor)

EL HALCON ABATIDO

La batalla de Albuera.- La batalla del Bodón.- El asalto de Ciudad Rodrigo.- Muerte de los generales Mackinnon y Craufurd.

Si en la campaña de Rusia el gran ejército de Napoleón, de unos efectivos de más de 300.000 hombres, fue vencido por el "General Invierno", bien se podría decir que el "Ejército de Portugal" al mando de mariscal Massena fue derrotado por el "General Hambre" o el "General del Aislamiento o de la Soledad".

Los guerrilleros españoles, en especial don Julián Sánchez con su partida, al apresar e interceptar a sus correos y los suministros necesarios para alimentar a más de 60.000 hombres y reponer sus armamentos, privó a sus mandos y a los diversos cuerpos de ejército la conexión entre sí, y estranguló todo su sistema logístico, provocando por ello la retirada de Ney y Massena desde Torres Vedras al interior de la Península, acosado su ejército constantemente por Wellington, hasta que forzó la batalla de Fuentes de Oñoro a primeros del mes de mayo de 1811.

El 11 de mayo se dió la escaramuza en Barba de Puerco y el 16 del mismo mes, el ejército aliado, de españoles al mando del teniente general Blaka, y de ingleses y portugueses bajo el del mariscal Beresford, se enfrentaron a los franceses en los campos de Albuera.

En esta batalla destacaron entre los españoles el brigadier don Carlos España, que resultó herido, el batallón de Ciudad Rodrigo, el teniente coronel don Antolín Reguilón, comandante de escuadrón de caballería de voluntarios de Ciudad Rodrigo, el capitán don José Quintanilla, del regimiento de Zamora, que tuvo una brillante intervención en el sitio de Ciudad Rodrigo por los franceses, y el coronel don Francisco Dionisio Vives, que llegaría a ser Gobernador interino de Ciudad Rodrigo, como brigadier, después de la toma de la ciudad por los ingleses, todos ellos citados en los partes de la batalla de Albuera de los mandos españoles por sus actuaciones distinguidas, aunque Beresford en el informe que le dio a Wellington sobre esta batalla ignore la actuación de los españoles escribiendo que "no he podido particularizar las brigadas o regimientos de la división española que estuvieron más empeñados porque ignoro sus nombres".

Wellington tomó la determinación de acantonar su ejército en las cercanías de Fuenteguinaldo y estableció su cuartel general en esta villa para comenzar el bloqueo de Ciudad Rodrigo.

En Fuenteguinaldo permaneció desde el 12 de agosto hasta el 23 de septiembre de 1811, en cuyo espacio de tiempo sostuvo algunos enfrentamientos con el ejército del mariscal Marmont, duque de Ragusa, que había tomado el mando del "Ejército de Portugal" después de ser relevados los mariscales Massena y Ney, al intentar introducir abastecimientos y suministros para socorrer la guarnición de Ciudad Rodrigo, aunque el más importante fue el denominado "Batalla de El Bodón o de Fuenteguinaldo", que se dio el 25 de septiembre en las cercanías del Bodón y finalizó por Aldeia da Ponte, en Portugal, enfrente de Alberguería, el día 27, que no fue, en suma, una batalla en toda la regla, porque Wellington no quiso aventurar su ejército en un gran encuentro con los franceses y optó por refugiarse tras el campo atrincherado que había preparado en las cercanías de Fuenteguinaldo, después de conseguir Marmont el intento que se había propuesto de abastecer Ciudad Rodrigo.

En este tiempo, según el despacho de Wellington del 27 de septiembre dado desde su cuartel general de Quadrazares en el que relata las batallas de los días 25 y 27, la Brigada Ligera de Craufurd "se hallaba en la derecha del Agueda, apoyada su ala derecha en las montañas que separan Castilla de Extremadura", y sin duda fue cuando tuvo lugar una de las anécdotas protagonizadas por el general Craufurd, que definen y caracterizan su fuerte personalidad, su independencia de criterio y su repulsa por acatar, someter o adaptarse al férreo e indiscutible liderazgo de Wellington, a quien tenía perplejo por su manera de ser.

Refiere Larpen en su "The private journal", que en una ocasión Craufurd permaneció sólo con su división un día entero junto al río, cerca de

Fuenteguinaldo, y al interesarse Wellington por él al día siguiente cuando volvió, sólo le dijo: — "Me alegro de verle a salvo, Craufurd", a lo que respondió que: — "Sabía que podía defender mi posición y no estuve en peligro, se lo aseguro", -- "Pero yo lo estaba por su conducta", le respondió Wellington.

Es muy posible que este episodio tuviera lugar poco después de la "Batalla del Bodón", en que la División Ligera, por un error táctico de Wellington, estuvo a punto de haber quedado aislada y a merced del ejército francés que la habría diezmado o aniquilado, salvándose de este percance por pura casualidad, y que Craufurd estuviera anojado por ello. Al ser informado el mariscal Marmont de que la División Ligera se había escabullido, se dice que exclamó: — "La buena estrella de Wellington brilla también en esta circunstancia".

A partir de estas fechas, tanto un ejército como el otro trataron de situar sus fuerzas en campamentos de invierno, hasta que transcurrieran los temporales, los fríos y las heladas que se avecinaban.

Marmont situó su ejército al norte de Ciudad Rodrigo y Wellington estableció su cuartel general en el convento de San Sebastián, en Freineda, un pueblecito portugués situado enfrente de Fuentes de Oñoro, donde estuvo desde el 1º de octubre de 1811 hasta el día 3 de enero de 1812, que llegó a Fuentes de Oñoro, para marchar el día 5 a Gallegos, donde estableció su cuartel general para dirigir el asalto a Ciudad Rodrigo.

EL ASALTO DE CIUDAD RODRIGO POR LOS INGLESES

De acuerdo con las órdenes impartidas por Wellington, el 1º de enero de 1812 se puso en movimiento todo su ejército. La Brigada Ligera de Craufurd que ocupaba las posiciones de Pastores, Zamarra y Martiago repasó a la margen izquierda del Agueda del día 4, situándose toda ella en Pastores, la Encina y en El Bodón, hasta el día 8 de enero que levanta sus campamentos y sigue la ribera izquierda del río para atravesarlo por el vado cerca de la Caridad. Apostó en el convento parte de la brigada Pack, que le había sido agregada, situó algunos de los batallones de su división delante de Pedrotoro y por el camino de Salamanca, y el grueso de ella, destinado para participar en el asalto a Ciudad Rodrigo, fue estacionado por la parte del Tejar, en el camino de Saelices.

El movimiento de todo el ejército aliado se vio retrasado y entorpecido por un frío intensísimo y una copiosa nevada que cayó desde el día 1 al 3 de enero, originándose con el deshielo grandes barrizales que dificultaron y entorpecieron la marcha de las 269 carretas y de las recuas de mulas y burros que transportaban los bastimentos y pertrechos del ejército, demorándose por ello las operaciones de la preparación del sitio hasta el 8 de enero.

En este mismo día, a las 9 de la noche, Wellington consideró necesario el tomar primeramente, mediante un golpe de mano nocturno, la media luneta

Reynaud, un pequeño reducto que los franceses habían levantado en el Teso de San Francisco, al que le habían puesto el nombre del gobernador de la plaza apresado por don Julián Sánchez, defendido por dos cañones y un obús, guarnecido por 50 soldados, que podía dificultar los preparativos previos al asalto de la ciudad.

La dirección del asalto a este baluarte le fue encomendada al general Craufurd, quien designó al teniente coronel Colborne, del 52º regimiento de la Brigada Ligera para que lo llevara a cabo con 300 hombres, ocho compañías de los regimientos 43º, 52º y 95º, más un destacamento de 1 oficial, el teniente J. de M. Lobo y 12 soldados del 3º batallón de Cazadores portugueses, que pidieron participar en la operación como voluntarios. Tomaron parte en este asalto el teniente coronel Thompson, del Cuerpo de Ingenieros, y el mayor Gibbs, que fue al mando de una compañía del 52º regimiento.

La operación fue fulgurante, se realizó a penas en 10 minutos. Los franceses, atacados por sorpresa, se vieron arrollados, e impotentes para contener y rechazar aquel imprevisto e impetuoso ataque nocturno, y sin esperanzas de recibir ayuda, optaron por rendirse después de ofrecer una escasa resistencia. Murieron 3 franceses en la operación y 4 consiguieron escapar hacia la ciudad amparando su huida en la oscuridad de la noche. El resto, 2 capitantes y 43 soldados, quedaron prisioneros.

Los ingleses tuvieron 6 muertos y 17 heridos, entre ellos 3 oficiales, el capitán Mein del 52º regimiento, el teniente Woodgate del 52º y el teniente Hawkesly del 95º.

Plano inglés del ataque a Ciudad Rodrigo, con las brechas por donde se dio el asalto en el anochecer del 19 de enero de 1812.

Londres, 1813
(Archivo del autor)

Eliminado el mayor obstáculo que podría dificultar los preparativos para formalizar el sitio, los zapadores abrieron una serie de paralelas y de trincheras, mientras el reducto de la plaza se sometía a un implacable y feroz bombardeo por las baterías de sitio, contestado con la misma intensidad y contundencia por las 48 piezas, entre cañones, obuses y morteros, que cubrían el frente noroeste de la plaza.

En la noche del día 13 al 14 se dio la orden de asaltar el convento de Santa Cruz al general Graham de la 1ª división, encomendando tal cometido a la King German Legión con 300 soldados bajo el mando del capitán La Roche de Starkerfels, y al atardecer del día 14, al amparo de la oscuridad, fue atacado el convento de San Francisco, después de una preparación artillera que arruinó parte del convento, por 300 soldados comandados por el teniente coronel Harcout, del 40º regimiento de la 4ª división, donde estaban empleados dos cañones y un obús, que molestaban mucho con sus tiros a las baterías británicas situadas en el Teso de San Francisco.

Concentrado el fuego de las baterías 1, 2 y 3, de 25 piezas de a 24, sobre el mismo lugar donde los franceses practicaron la brecha en 1810, pronto se desmoronó la muralla, dejando al descubierto una brecha de fácil acceso de alrededor de unos 100 pies de largo, mientras con las baterías núm. 4, de 7 piezas de a 24, y con la batería de brecha núm. 5, de 6 piezas de a 24, se abatía la muralla justamente al lado izquierdo de la Puerta Nueva, 24 horas antes del comienzo del asalto, abriéndose una brecha de unoo 30 pies de largo.

La toma de Ciudad Rodrigo, en un principio, según informaciones aparecidas en periódicos de aquellas fechas, había la posibilidad de que la llevase a cabo, principalmente, la 3ª división al mando del general don Carlos España, a la que estaba agregada toda la partida de don Julián Sánchez, pero Wellington la desplazó para que cubriera las márgenes del Tormes para vigilar el movimiento de las tropas enemigas y estorbara cualquier intento de socorro a la ciudad sitiada.

La oparación del asalto a Ciudad Rodrigo se inció a las 7 menos 10 de la tarde del día 19 de enero de 1812, según el plan previsto por Wellington en la orden del día. Dos horas antes se había dado orden de suspender el fuego da artillería.

La tarde era la de un día gélido de invierno y la ciudad se hallaba envuelta por una húmeda y tenue niebla, cuando el teniente coronel Bryan O'Toole al frente del 2º de Cazadores, una unidad portuguesa perteneciente a la división Picton, y de la compañía ligera del 2º batallón del 83º regimiento inglés, atravesó el puente sobre el río Agueda, simulando un ataque secundario y de distracción, para dirigirse hacia el objetivo que le habían señalado.

Después de reducir a los artilleros y destruir las dos bocas de fuego que se hallaban por debajo del castillo, cerca de la Puerta de la Colada, llamada de Almeida por los franceses e ingleses, que enfilaban la entrada del foso, penetraron por la poterna que daba acceso a la falsabraga para apoyar a las tropas que tenían que asaltar la brecha principal.

La puerta de la poterna había sido previamente derribada a hachazos por los del 2º batallón del 5º regimiento británico al mando del mayor Ridge, que había salido desde el convento de Santa Cruz para dirigirse por la falsabraga hacia la brecha principal, donde debía converger con el regimiento 94º al mando del teniente coronel Campbell, que avanzaba en la misma dirección por el foso, donde tenían que encontrarse como fuerzas de apoyo de la columna de ataque y asalto de la 1ª brigada del teniente general Picton al mando del mayor general Mackinnon, que tenía asignada la misión más importante, la de penetrar en la plaza por la brecha principal, pero estas fuerzas se presentarían al pie de la brecha con diez minutos de retraso sobre el plan previsto, debido a las dificultades inesperadas que habían tenido que sortear en su recorrido.

El teniente coronel Campbell se vio sorprendido al llegar al pie de la brecha y no hallar a las fuerzas de Mackinnon, a las que tenía que seguir para apoyar su acción de asalto. Dudó por un momento si esperarlos o no, y al ver que no llegaban y por no tener inactiva y expuesta a su gente, al descubierto y a merced del riguroso fuego de los franceses, se decidió a intentar el asalto de la brecha con sus escasas fuerzas. Al ascender por la rampa pudo aprecia en la oscuridad de la noche que los soldados del 2º batallón del 5º regimiento, al mando del mayor Ridge, habían llegado momentos antes por la falsabraga y que iban delante en el ataque.

Los franceses reaccionaron briosamente contra esta tentativa, que rechazaron con energía causándole numerosas bajas a los asaltantes y haciéndoles retroceder en confusa desbandada hasta la falsabraga y el foso, donde se encontraron con la brigada del general Mackinnon dispuesta para lanzarse a embestir la brecha.

Reagrupadas las fuerzas de Ridge y Campbell, emprendieron un nuevo intento de asalto, conjuntamente con las de Mackinnon, que constituyó un nuevo fracaso.

AU FORT DE LA CONCEPTION

28 Août 1810.

A Mr. le Général Gouverneur du 6.me Arrondissement.

MONSIEUR le Général, je m'empresse de vous annoncer que la Place d'Almeida a capitulé hier. La garnison forte de 4 à 5000 hommes est prisonniére de guerre: je vous prie de donner la plus grande publicité à cette nouvelle importante dans l'étendue de vôtre Gouvernement.

Le Maréchal Prince d'Essling, Commandant en chef l'armée de Portugal.

MASSENA.

Pour copie conforme

Le Gén.l de Div.n Gouvern.r Gén.l

KELLERMANN.

FUERTE DE LA CONCEPCION

A 28 DE AGOSTO DE 1810.

Al Señor General Gobernador del 6.º Gobierno.

Señor General: me apresuro á participaros que la plaza de Almeida capituló ayer. La guarnicion que consta de 4 á 5000 hombres es prisionera de guerra. Os suplico deis la mayor publicidad á esta importante noticia en la extension de vuestro Gobierno.

El Mariscal Principe de Essling, Comandante en Gefe del Exército de Portugal.

MASSENA.

Por copia conforme

El Gen.l de Divis.n Gobern.r gen.l

KELLERMANN.

Comunicado del "Ejército de Portugal", anunciando la capitulación de Almeida, impreso por las imprentas volantes del Ejército, desde el Fuerte de la Concepción.

(Archivo del autor)

No se desalentaron por ello los británicos y acometieron de nuevo los soldados de Ridge y Campbell la escalada de la brecha, esta vez seguidos de la brigada del general Mackinnon. A los obstáculos opuestos por los franceses para ascender por la rampa, había que sumar la dificultad que suponía el tener que sortear el montón de cadáveres de los compañeros muertos en los anteriores intentos, aunque los medios y las energías defensivas de los franceses se iban debilitando. La obstinada defensa enemiga se desmoronó definitivamente al advertir los defensores de la brecha que eran atacados por el flanco derecho de la muralla por los soldados de la Brigada Ligera de Craufurd que habían logrado asaltar la brecha pequeña de la Puerta Nueva y entrado en la ciudad, provocando el pánico de los franceses y su retirada precipitada de las defensas, momento que el general Berrié, impotente para detener la desbandada, se vio obligado a ciar con su gente hacia el interior de la ciudad, y los oficiales, ateniéndose a las órdenes recibidas, prendieron fuego a la mina que habían cargado en la poterna que había por debajo de la brecha, cuya tremenda explosión, que no fue casual como dicen algunos autores ingleses, le causó a los asaltantes más de 150 víctimas, entre heridos y muertos, entre ellas el mayor general Mackinnon que iba a la cabeza de su brigada.

Simultáneos a estos acontecimientos fueron los ataques de la columna Pack y el de los componentes de la Brigada Ligera del mayor general Robert Craufurd, que fueron puestos en práctica y se desarrollaron de forma sorprendente, de acuerdo a la orden del día dada por Wellington.

El brigadier general Pack, con su columna compuesta por el 1º y el 16º regimiento de línea portugueses, partiendo de detrás del convento de Santo Domingo donde estaban apostados, efectuó un falso ataque de distracción, que resultó muy positivo al forzar el mayor Lynch con su brigada la guardia de la Puerta de San Pelayo, llamada también de Sancti Spíritus, capturando prisioneros a todos los que se oponían a su penetración por la zona de la Puerta de Santiago.

El ataque por el flanco izquierdo de la brecha principal, a partir de la brecha pequeña, abierta 24 horas antes del asalto junto a la Puerta Nueva, le fue asignado a la brigada del mayor general Vandeleur, de la Brigada Ligera del mayor general Craufurd.

A las 7 den punto de la tarde salieron por la derecha del convento de San Francisco cuatro compañías de fusileros del 1º batallón del 95º regimiento, para que abrieran fuego desde la cima del glacis contra los defensores de la plaza que estaban situados en la falsabraga y la muralla, para evitar que disparasen sobre la brigada del mayor general Vandeleur, que había salido minutos después por la parte izquierda del convento y tenían que recorrer una zona

desprotegida y enfilada por el enemigo de unos 300 metros hasta llegar a la brecha pequeña de la Puerta Nueva.

Delante de estas fuerzas iban 160 portugueses del 3º batallón de Cazadores, que portaban sacos rellenos de paja, fajinas y gaviones para arrojarlos en el foso y reducir los 4 metros de su profundidad, y con escalas para el asalto de la brecha.

La fuerza principal encargada del asalto era de 300 voluntarios de los batallones de Vandeleur a las órdenes del mayor Jorge Napier, hermano del célebre historiador del mismo apellido, y del teniente coronel Colborne, con la 2ª brigada de la División Ligera dirigida por el teniente coronel Barnard, que debía apoyar a Vendeleur sobre la brecha, todos ellos precedidos por un destacamente de exploradores de 25 voluntarios al mando del teniente Gurwood del 52º regimiento.

Los franceses, aunque escasos para defender la brecha, opusieron una encarnizada y desesperada resistencia, disparando continuamente y arrojando sobre los asaltantes pedruscos, tablones y todos los objetos arrojadizos a su alcance.

Debido a una cierta confusión que sufrieron los exploradores de Gurwood para encontrar la entrada de la brecha, creada por la fuerte resistencia francesa y la oscuridad de la noche, alumbrada sólamente por los fogonazos de las armas, por algún hacha que portaban los soldados y la macilenta luz de la luna que se ocultaba alternativamente detrás de las nubes, Craufurd se vió obligado a acudir en persona para poner orden en el ataque. Cuando se hallaba desafiando el peligro de pie sobre la cresta del glacis impartiendo órdenes, recibió una herida mortal, el impacto de una bala que le atravesó un brazo, penetró por el costado rompiéndole dos costillas, para terminar incustada la bala en los pulmones, sin que por ello dejara de animar a sus hombres para que prosiguieran el ataque.

Los soldados de la Brigada Ligera que se hallaban más cercanos, al ver caer como fulminado a su carismático jefe, sostenido por los brazos por su ayudante de campo, dieron un grito tan estremecedor que muchos de los franceses, sin saber lo que ocurría, retrocedieron atemorizados.

El general Craufurd fue inmediatamente retirado por sus soldados del campo de batalla medio moribundo y llevado hasta el convento de San Franciso para prestarle los primeros auxilios y curarle de sus heridas, lugar en el que Wellington tenía establecido su puesto de mando y desde donde dirigió el asalto de la ciudad.

Poco después de Craufurd resultaron heridos el teniente coronel Colborne, el Mayor Napier y el mayor general Vandeleur. Sólo éste último pudo continuar en el lugar del combate, aunque mermado de facultades.

Faltos de un mando superior, el asalto de la brecha fue continuado y dirigido por el teniente Gurwood del 52º regimiento que tomó la dirección de un

El Teniente General Sir Thomas Picton

equipo de asalto de 300 soldados y un pequeño grupo de oficiales, con los que siguió atacando, buscando la entrada de la brecha en la oscuridad de la noche, que aunque iluminada por una luna llena y los fogonazos de las armas era oscura.

Desbaratada la enconada resistencia francesa por el teniente Gurwood, apoyado por el teniente coronel Colborne y el teniente Anderson del 52º, consiguieron coronar la muralla, justamente media hora después de iniciado el asalto, dividiéndose las tropas inglesas en dos columnas, los compenentes del 52º regimiento, bajo el mando de Gurwood se dirigieron por la izquierda hacia la Puerta del Conde, denominada de Salamanca por franceses e ingleses, para abrir las puertas y facilitarle el acceso a las fuerzas que se hallaban en el exterior de la ciudad, y los del 43º y 95º regimientos, mandados por el coronel Barnard, se dirigieron hacia la brecha principal.

Atacados los franceses por su flanco derecho por Barnard, e incapaces de contener a la vez el empuje y presión en la brecha grande del 2º batallón del 5º regimiento al mando del mayor Ridge, las 5 compañías del 94º a las órdenes del teniente coronel Campbell, a los hombres bajo el mando del teniente coronel O´Toole y los de los regimientos 45º, 74º y 88º de la brigada Mackinnon, de la 3ª división del teniente general Picton, se apoderó el pánico de ellos y sin poderlos contener emprendieron una huida precipitada y en total desorden, perseguidos por cada una de las calles de la ciudad y desalojados de las casas donde trataban de buscar protección y refugio.

La mayor parte de los defensores, arrollados y perseguidos, se replegaron hacia la Plaza Mayor y la explanada delante del castillo, donde estaban concentrados todos los cañones de sitio del "Ejército de Portugal" y, acorralados, depusieron las armas.

Mientras sucedían estos hechos, el Teniente Gurwood (1) al encontrar bloqueada con piedras y tapiada la Puerta del Conde, continuó con sus hombres por la zona de la Puerta de San Pelayo hasta llegar al castillo, donde el general Berrié, gobernador francés de la plaza había logrado refugiarse con algunos de sus ayudantes y miembros de su Estado Mayor. Gurwood requirió la ayuda del cabo Mac Intery y del soldado Pat Lowe, de su regimiento, para forzar la puerta y entrar en el castillo, e intimó la rendición del general Berrié y de sus oficiales. El gobernador le rindió su espada y a todos ellos los llevó prisioneros a través de las calles hasta la Plaza Mayor, desde donde se encaminó hacia la brecha de la Puerta Nueva, lugar en el que le habían dicho que se hallaba lord Wellington. Allí se encontraba Wellington con sus ayudantes, el mariscal

(1) El nombre del teniente John Gurwood adquirió gran fama tras recopilar y publicar los famosos "Dispatches" del Duque de Wellington de 1844.

Beresford, el principe de Orange, el coronel Barnard del regimiento 95º y otros oficiales de alta graduación. La luz tenue de la luna, pero sobre todo el fuego de las casas que ardían cercanas a la brecha, iluminaban la escena.

Gurwood se acercó con sus prisioneros y le entregó la espada del gobernador francés a Wellington, quien le dijo:

— **"¿Lo apresaste tu?"**

— **"Si Señoría, lo cogi prisionero en la ciudadela, por encima de la Puerta de Almeida"**, y devolviéndole Wellington la espada le dijo:

— **"Tómala, eres la persona apropiada para llevarla"** (2).

Wellington se volvió entonces hacia el coronel Barnard para decirle:

— **"Barnard, como los generales Craufurd y Vandeleur están heridos, tú eres el comandante de la División Ligera y de la ciudad. Que la evacúen inmediatamente".** Y se dirigió para hablarle al gobernador y a los oficiales franceses que le acompañaban, momento que el mariscal Beresford aprovechó para preguntarle a Gurwood sobre lo que estaba pasando en la ciudad, y cuando le explicó el saqueo y los excesos que había presenciado y observado al pasar por sus calles, se lo repitió a lord Wellington, quien no ordenó tomar medida alguna para reprimir y evitar los actos de vandalismo a los que estaban sometiendo a la ciudad.

---

(2) El mayor Mackie del 88º regimiento de la 3ª división de Picton, alegaría, informando de ello al historiador Napier, que él fue el primero en escalar la brecha grande y en entrar en la ciudad, y que a él le pertenecía la espada del general Berrié porque a él se la rindió. Según el marqués de Londonderry y el capitán Hohn Cooke, no parece que tenga razón, ellos participaron y fueron testigos del asalto de la ciudad y aseguran que el primero en escalar la muralla y tomar prisionero al general Berrié fue el teniente Gurwood.

EL SAQUEO DE CIUDAD RODRIGO POR EL EJERCITO ALIADO

Los primeros historiadores españoles de la Guerra de la Independencia, como el conde de Toreno, Príncipe, Calonge, Muñoz Maldonado, Díez de Baeza, José Clemente Carnicero, excepto Gómez Arteche, al referirse al asalto de Ciudad Rodrigo ignoran todos ellos o esconden la verdad de unos hechos bárbaros y lamentables cometidos por el ejército aliado después del asalto de Ciudad Rodrigo, como si ignorándolos evitaran con ello el que hubieran sucedido, traicionando el respeto a la verdad, al que todo historiador ha de someterse por encima de cualquier otro principio o consideración.

Los historiadores españoles, timoratos, pretendieron vergonzosamente dorarle la píldora a los ingleses, seducidos y embobados por la fama de su "fair play", sintiendo unos escrúpulos por los que no podían creer en una actitud negativa de los británicos. Son culpables, por ello, de haber ocultado o ignorado pruebas para enjuiciar con rigor y ecuanimidad unos hechos, tan culpables como algunos autores mirobrigenses, que no llamo historiadores, que por un excesivo "chauvinismo" han llegado a inventar situaciones inexistentes para hacer la historia local a su gusto.

Es precisamente a los autores ingleses a quienes les debemos la mejor información de los lamentables sucesos que ocurrieron tras el asalto de Ciudad Rodrigo.

El conocimiento de los sucesos ocurridos en el saqueo de Ciudad Rodrigo, en honor a la verdad, se lo debemos principalmente a los cronistas o historiadores ingleses, Sauthey, Hamilton, capitán Cooke, conde de Londonderry, Jones, Napier, capitán Kincaid y otros, que no tuvieron inconveniente alguno en denunciar unos hechos vandálicos con palabras de reproche para su propio ejército, por los desafueros a los que fue sometida la ciudad.

La rendición de los franceses fue a las 9 de la noche. No hay referencia del lugar donde fueron encerrados y vigilados los soldados franceses. Lo más probable es que fueran recluidos en el claustro de la catedral o en alguna de las iglesias de la ciudad, para protegerlos a la vez del riguroso frío que estaba haciendo en aquellos días.

A partir de ese momento, la soldadesca, con la euforia del triunfo comenzó a diseminarse, a esparcirse por la ciudad en busca de las bodegas y almacenes de suministros para celebrar el triunfo, mientras otros iniciaban el saqueo de la ciudad.

Los británicos y portugueses, incontrolados y dueños de la ciudad, recorrían las calles gritando y disparando sus armas al aire.

La bodega donde se guardaba el vino y el aguardiente de la guarnición, que se hallaba en una casa de la Plaza Mayor, pronto fue localizada y descubierta por los soldados alborozados y enloquecidos por el triunfo del asalto.

El centinela alemán que las primeras tropas que entraron en la ciudad habían puesto para custodiar su entrada, fue cruel y vilmente asesinado a bayonetazos por sus propios compañeros, que se lanzaron como perturbados sobre las cubas y barricas de vino y de licores para saciarse y embrutecerse con el alcohol.

El teniente coronel Mac Leod, del 43º regimiento de la Brigada Ligera de Craufurd, con la ayuda de otros oficiales, consiguió mantener reunidos a unos 200 soldados de su regimiento, destacando inmediatamente grupos de estos soldados al mando de oficiales para tomar posesión de los almacenes de provisiones y protegerlos y poner orden en la ciudad, a la vez que le ordenaba al teniente Madden que con un destacamento de 25 soldados vigilase la brecha pequeña, contigua a la Puerta Nueva, para evitar que durante la noche los soldados salieron de la ciudad con el producto de una previsible rapiña.

Afortunadamente esta medida evitó que una bodega donde se guardaban 50 toneles de buen coñac fuera tomada por asalto, y con ello el que se incrementaran las borracheras.

Enfebrecida y borracha la soldadesca, comenzó una orgía de sangre, de robo y de destrucción.

A pesar de las medidas que pretendieron poner en práctica el teniente general Sir Thomas Picton, los coroneles Cameron y Barnard, secundados por

otros oficiales, para intentar restablecer la disciplina y el orden, se vieron desobedecidos y atropellados por la desenfrenada e insolente chusma, y varios oficiales fueron atacados y resultaron heridos al disparar los soldados contra ellos.

Enseñoreados de la ciudad y sin que nadie pudiera contenerlos, los soldados entraron a saco en las casas para robar todos los objetos de valor que encontraban en ellas, descerrajando a tiros las puertas que se hallaban cerradas con candados o cerraduras. Algunos de los habitantes que trataron de defender sus propiedades fueron asesinados, y las mujeres con las que se topaban, sin tener consideración y respeto por la edad, fueron salvajemente viladas.

Tampoco las iglesias se salvaron de ser profanadas y saqueadas, sirviéndose aquella horda de los cirios y candelabros robados para iluminarse en la oscuridad de la noche para la prosecución de su espeluznante y siniestra tarea.

Lo más lamentable y reprobablees que en el saqueo de la ciudad participaron algunos habitantes de la ciudad, que deseosos de aprovecharse del desorden, acompañaban a los soldados para enseñarles las casas donde podían robar y participar con ellos del botín

A las 11 de la noche el teniente coronel Mac Leod fue a pasar revista a la guardia del teniente Madden que estaba vigilando la brecha pequeña. Había encendido un fogata enorme y las llamas iluminaban todo el contorno, y por ello había podido descubrir y detener a los saboteadores que prentendían huir disfrazados con ornamentos sacerdotales, hábitos de monjas o envueltos en cobertores de seda, llevándose tenedores, cucharas, bandejas de plata y utensilios sagrados de las iglesias. Todo ello se lo iban quitando y poniéndolo en un montón para devolvérselo a las autoridades locales al día siguiente.

Fatigado y desalentado porque le había sido imposible el restablecer el orden, que **"ni una división lo habría podido conseguir"**, como dice el capitán Cooke en sus Memorias, el teniente coronel buscó refugio con otros oficiales en una casa grande, donde estuvieron cobijados hasta el amanecer.

Los soldados se refugiaban también en casas abandonadas, donde unos hacían fuego en cualquier lugar de sus habitaciones, mientras otros disparaban sus armas desde las ventanas sobre el primero que veían pasar por la calle.

A la una de la madrugada dos casas de la Plaza Mayor estaban ardiendo y las llamas la iluminaban por completo, momento en el que hablando el capitán Cooke con el soldado Evans, barbero de su regimiento, recibió éste un balazo en la cabeza que le dejó esparcidos parte de los sesos por el pavimento.

Terminaron por originarse entre los soldados ebrios, riñas, altercados y muertes, y al final provocaron incendios en varios puntos de la ciudad al hacer fogatas en las calles y en las casas para calentarse por el frío tan extremo que hacía aquella noche, propagándose de unas casas a otras y que no terminaron

de sofocarse hasta pasados tres días. Incluso un grupo de perturbados salvajes pretendieron prenderle fuego a un almacen de pólvora, que habría reducido a escombros la mayor parte de la ciudad si no hubiera sido por la actitud resuelta de algunos oficiales y soldados conscientes que arriesgaron su vida para evitarlo.

Mientras que todo esto sucedía, nadie oía ni le prestaba atención a los gemidos y clamores de los heridos, que se confundían y ahogaban con los gritos de los borrachos y los disparos con los que estuvieron festejando el triunfo durante toda la noche.

Hartos de vino y satisfecha su lujuria y sed de rapiña, la soldadesca fue sucumbiendo al sueño y cansancio y los oficiales poco a poco fueron haciéndose dueños de la situación.

Pocos son los testimonios de mirobrigenses que vivieron estos hechos y que escribieron sobre ellos. Quizá el que mejor sintetiza los sufrimientos que padeció la ciudad, es el documento localizado por el autor en el A.H.N., en el que don Antonio López, Intendente de la Provincia, escribe un descargo en nombre de su padre don Manuel López, Ministro Principal de la Real Hacienda y Administrador de Bienes en Ciudad Rodrigo, en el que dice que a su padre le fueron expropiados y confiscados por las tropas francesas los cuantiosos bienes que poseía, y que **"para remate de estas calamidades, tres baúles y algunos papeles con varios documentos que pudieron salvar del furor de los enemigos los criados del exponente escondiéndoles en otra casa. Perecieron en la entrada y asalto de dicha Plaza por las tropas aliadas, a cuyo furor y saqueo por tres días unido al fuego que consumió calles enteras, todo pereció".**

No fue Ciudad Rodrigo la única ciudad tomada por asalto que sufrió estos desmanes del ejército aliado, pero sí fue la primera en padecerlos. Es muy probable, según ciertos indicios, de que Wellington convino de forma tácita o autorizando, o si se quiere, tolerando a sus tropas el entrar a saco en la ciudad. Antes del ataque a Badajoz, había corrido el rumor entre los soldados británicos de que **"si lográbamos tomar la plaza, habría tres horas de saqueo"**, y aunque esto ha sido negado rotundamente por los ingleses, así sucedió y de forma terrible.

Y en el caso de Ciudad Rodrigo ¿por qué razón Wellington alejó y privó por ello de participar en el asalto de la ciudad a la 3ª división del mariscal de campo don Carlos de España y a la caballería de don Julián?

Los ejércitos ingleses llegados a la Península eran reclutados con carácter profesional, y los hombres que se alistaban en sus filas, muchos de ellos lo hacían llevados por un espíritu de patriotismo, pero un gran número procedían del mundo canalla de los pícaros, vagabundos e incluso del ámbito criminal, y

una de las antiguas costumbres del ejército inglés que le habían respetado, era el de permitirles el botín que pudieran tomar en los primeros días del asalto de las ciudades.

Así en Ciudad Rodrigo como en los asaltos, todavía con mayor virulencia y ensañamiento, de Badajoz o San Sebastián, que se suponía que eran ciudades que iban a liberar como amigos, entraron en ellas como caterva de invasores de un territorio enemigo.

No se puede aducir en descargo de los ingleses ningún argumento que pueda demostrar que fue inevitable el saqueo de las ciudades que tomaron por asalto. El mariscal de campo Alava, agregado militar español en el Estado Mayor de Wellington, salvó del saqueo a la ciudad de Vitoria anticipándose a la entrada del ejército aliado, penetrando en la ciudad al frente de un escuadrón de caballería, y ayudado por un grupo de paisanos amigos, recorrieron las calles al galope alertando y advirtiendo a los vecinos gritándoles:

— **"Entrad en vuestras casas y cerrar bien las puertas y ventanas y esconder lo que tengáis de valor, que estos que van a llegar ahora son peores que los que se acaban de marchar".** Y ejercieron un control de policía, que no permitieron desmán alguno.

Caso parecido sucedió cuando las tropas francesas del general Paris abandonaron precipitadamente Zaragoza entre las 11 y 12 de la noche del 9 de julio de 1813, volando en su retirada el puente de piedra sobre el Ebro.

Inmediatamente después, antes de ser ocupada Zaragoza por las fuerzas del brigadier Durán, del general Espoz y Mina y del coronel Tabuenca, entró en la ciudad el brigadier don Julián Sánchez con su caballería para mantener el orden. Una numerosa concurrencia de habitantes de la ciudad se concentró a lo largo de la calle del Coso para ver entrar a los lucidos y famosos lanceros charros, que con un grupo de ciudadanos designados por el ayuntamiento, ayudaron a mantener el orden dentro de la ciudad, mientras el coronel Marqués de Barrio Lucio, con una crecida escolta, cubrió todas las puertas de Zaragoza.

Otro ejemplo fue el bloqueo y asalto de Pamplona el 31 de octubre de 1813 bajo la dirección y el mando del mariscal de campo don Carlos de España, que se llevó a cabo sin someter a los vecinos de la ciudad a ninguna clase de violencias, ni vejaciones, ni atropellos.

Las actitudes negativas del ejército comandado por Wellington, son las que a éste le hicieron exclamar airado en diversas ocasiones, calificando a sus componentes con frases despectivas, como que eran **"la hez de la tierra", "canalla incapaz de resistir el éxito"** o llamándolo **"ejército infame".**

LA MAÑANA DEL DIA SIGUIENTE

En los albores del nuevo día, 20 de enero, festividad de San Sebastián, el espectáculo que ofrecía la ciudad no podía ser más deprimente y desolador. Cuerpos muertos esparcidos por las calles, la ciudad medio arruinada y las casas destruidas y humeantes.

Se empezó por prestarle atención a los heridos que habían sobrevivido expuestos a la intemperie, al rigor de la helada de aquella cruda noche de invierno, llevándolos a los hospitales que se habían habilitado, o dándoles, por lo menos, protección bajo un techo y comenzaron por ocuparse en apagar los incendios, que duraron hasta tres días, y el orden fue restableciéndose poco a poco por los mandos, que fueron agrupando a los soldados en la muralla por regimientos.

Durante la mañana, las diversas unidades fueron saliendo de la ciudad en total y desordenada formación. La mayoría de los soldados iban cargados con el producto de su pillaje.

Cuando Wellington intentó entrar a caballo en la ciudad, con la indumentaria acostumbrada en campaña, vestido con su larga levita gris y su tricornio de tela encerada, salía en aquél preciso momento una turbamulta de desastrados que no podía creer que se tratara de la selecta División Ligera de Craufurd, que se destacó tanto por su bravura en el asalto como en el saqueo y robo de la ciudad, mientras su enérgico jefe se hallaba postrado moribundo dentro del convento de San Francisco.

Los soldados que Wellington vio que salían de la ciudad, macilentos y desastrados, iban disfrazados con los más variopintos ropajes, superando la fantasía de cualquier carnaval. Iban embozados con capotes franceses, otros con calzones blancos y enormes polainas, otros con tricornios y coletas y la mayoría llevaban sus fusiles con la bayoneta calada y ensartadas hasta tres o cuatro hogazas de pan, o colgados de ellas jamones, longanizas, lenguas y orejas de cerdos, incluso algunos llevaban jaulas para pájaros.

— **"¿Quién diablos son estos tipos?"**, preguntó Wellington al verlos. Y se quedó estupefacto cuando fue informado de que pertenecían al 95º , uno de sus mejores regimientos.

Todo ello hace difícil el creer en el relato de que Wellington se encontró con la procesión de San Sebastián y que le entregó su sombrero y bastón de mando. No parece ser más que una leyenda, un episodio que hace muy bonito, pero que no tiene base alguna de que sea cierto. Es probable que sea una fantasía más de don Jesús Pereira, un desahogo o un escarceo literario juvenil de los que escribió por 1902, apenas cuando tenía 20 años, cuando comenzó a hacer sus piruetas literarias, como el episodio de los amores de un supuesto pastor Mauricio con la no menos supuesta Lorenza Iglesias, o el de los cañonazos que ésta disparó desde la casa de los Chaves contra los franceses que se hallaban en la Plaza Mayor, convirtiendo la calle de la Colada en un río de sangre. Fantástico. Lo malo es que con esto se ha pretendido hacer historia, cosa totalmente alejada de la intención del autor.

El capitán Cooke del 43º regimiento, escribe en sus memorias que sobre las 11 de la mañana vio cómo los prisioneros franceses salían escoltados por la brecha de la Puerta Nueva y que unos desertores ingleses que iban detenidos con ellos y no deseaban ser juzgados por sus compatriotas, hicieron explotar unos barriles de pólvora que originaron numerosos muertos entre los prisioneros franceses y los soldados ingleses que los escoltaban. Que fue a ver la brecha grande, y hace una espeluznante descripción de lo que allí vio. Desde este lugar encaminó sus pasos hacia el convento de San Francisco para ver a un amigo herido, y vio que todo su interior estaba repleto de soldados heridos que gemían tumbados sobre el pavimiento. Entre ellos vio a su amigo, un soldado de la 3ª división, sentado en el suelo, estribado sobre una columna, con la cabeza reclinada, los ojos abiertos y con una sonrisa agradable y melancólica en el semblante, y al llamarlo por su nombre y no responderle, creyó que estaba delirando. Llamó a un médico y comprobaron que estaba muerto.

Desde la mañana temprano, uno de los cometidos prioritarios fue el de enterrar a los muertos.

El teniente general Picton ordenó a un grupo de soldados la búsqueda y localización del cuerpo del mayor general Mackinnon, perteneciente a su divi-

Oficiales de la brigada de fusileros observando las brechas grande y pequeña de las murallas de Ciudad Rodrigo, un día después del asalto de la ciudad.

Acuarela 16X24.
Subteniente Thomas Livingstone Mitchell.
The National Army Museum de Londres.

El autor, subteniente Mitchell, perteneció al 95º Regimiento de la Brigada Ligera del General Craufurd.

sión y además su amigo. Fue hallado cerca de la gran brecha, tumbado boca arriba. Era un hombre alto y delgado y se encontraba medio desnudo. Sólo llevaba puestos los calzones azules. Lo habían despojado hasta de las botas. No presentaba huellas de que hubiera muerto por la explosión de la mina, su cuerpo no tenía señales de quemaduras, propias de esta clase de accidentes, sólo tenía una en la parte de atrás de la cabeza, por lo que se supuso que vivió durante toda la noche y que murió después de una larga agonía, sin que nadie le prestase atención alguna.

Los cuerpos que se hallaron cercanos a él, ninguno había sido despojado de sus ropas.

De la misma forma fue hallado el cuerpo del capitán Dobbs del 52º cerca de la brecha pequeña, le habían quitado toda su vestimenta y fue encontrado medio desnudo.

Inmediatamente después de haber sido enterrados los cuerpos encontrados en las inmediaciones de la gran brecha, llegó desde Espeja el oficial Stepney Cowell con un comando de los Coldstream para recuperar, si era posible, el cuerpo del general Mackinnon.

Después de descombrar el lugar donde había sido enterrado en el foso, en la brecha grande, y de remover varios cadáveres, se encontró el cuerpo debajo de ellos, que un sargento del pelotón se encargó de transportarlo hasta Espeja.

El oficial Stepney Cowell le cortó el cadáver un mechón de sus cabellos y se lo entregó al teniente coronerl Richard Jackson, amigo y compañero de armas del general, para que se lo enviara a su familia como señal de recuerdo.

El día 23 fue enterrado con honores militares en la plaza cercana a la iglesia de Espeja. Sus restos mortales fueron llevados a hombros hasta el sepulcro por oficiales compañeros de la Guardia de los Goldstream.

Por la mañana temprano del día 20, lord Wellington se había marchado de nuevo a su cuartel general de Gallegos, desde donde redactó el parte del asalto a Ciudad Rodrigo que envió al conde de Liverpool.

Por la tarde ya habían salido de la plaza los regimientos que habían intervenido en el asalto, y se hizo cargo de la guardia de la ciudad la 5ª división al mando del general James Leith, que había estado alejada del conflicto, que comenzó inmediatamente a reparar los desperfectos de la muralla y a poner la plaza en disposición de defensa.

No sería hasta el día 20 de febrero, cuando hicieron regresar a don Julián Sánchez con su caballería desde las orillas del Tormes, para prestar servicio de guarnición en la plaza de Ciudad Rodrigo. Y es probable que llegase también por entonces el mariscal don Carlos de España y porque «**se encontraron en Ciudad Rodrigo — papeles comprometedores de habitantes que habían**

estado en connivencia con el enemigo, don Carlos España los hizo ejecutar a todos sin ninguna "pitie"».

El nombre de algunos de estos supuestos colaboradores de los franceses en Ciudad Rodrigo se los había facilitado el general Castaños a don Carlos de España en carta que desde Fuentes de Oñoro le escribió con fecha 10 de enero de 1812, (3) en la que le informaba de que el general Berrié, antes de formalizar el sitio los ingleses, había permitido salir de la plaza a los paisanos que lo desearan, y que habría que tener cuidado no fuera **"que entre éstos quisieran mezclarse el Intendente Faraba, el Juez de Policía Sandino** (4), **el canónigo Gajele, su compañero Moreno** (5), **el músico Iglesias y otros perillanes"** y advertía **"que no se escapen tan buenos pájaros".**

Parece ser que carece de veracidad, que no tiene fundamento alguno la denuncia o insinuación que el historiador Napier hace contra el mariscal don Carlos de España, un hombre íntegro, con fama de riguroso en hacer observar la disciplina militar y en la adopción de métodos coercitivos para evitar las tropelías tanto de franceses como de los británicos, creadores por esta causa, tal vez, de la leyenda negra que empezó a tejerse por entonces en torno del que más tarde sería motejado como **"El Tigre del Maestrazgo"** que murió asesinado de forma alevosa.

Con su denuncia, Napier sólo pretendía causarle un agravio comparativo al mariscal español, para justificar, restarle importancia o disculpar las ejecuciones que ordenó Wellington de algunos de los desertores de su ejército que fueron apresados en la plaza de Ciudad Rodrigo y de la clemencia que usó al perdonar a otros cuantos, para poder contrastar Napier esta actitud, con la severidad, la falta de piedad, según él, del mariscal español que, sin excepción alguna, ordenó que fueran pasados por las armas todos los colaboracionistas que fueron descubiertos en Ciudad Rodrigo.

---

(3).- Prieto Llovera: "El Grande de España, Capitán General Castaños", Madrid, 1958.

(4).- Alejandro Atanasio Sandino, natural de Ledesma, Juez de Policía de Salamanca, fue sentenciado a muerte en un proceso militar, aunque la sentencia fue suspendida por razones políticas.

(5).- Se trata de don Silvestre Gajate, párroco de Barba de Puerco, que ascendió a la dignidad de canónigo de la catedral de Ciudad Rodrigo, y su compañero Moreno es el párroco de Fuenteguinaldo, don Pedro Moreno, designado tesorero y canónigo de la misma catedral, puestos que, al parecer, habían conseguido por oposición, y confirmadas las dos designaciones por el rey intruso José Napoleón, que las firmó en Madrid el 17 de septiembre de 1811, como también fue confirmado como canónigo en esa misma fecha don Domingo Romás, párroco de Bogajo, y el traslado de otros párrocos a otros pueblos diversos.

Y quizá entre los "otros perillanes", quisiera referirse el general Castaños a don Ramón Panchuelo García, nombrado deán, canónigo y vicario capitular en el Consejo de Ministros del rey José, del 30 de noviembre de 1811.

MUERTE Y SEPELIO DEL GENERAL ROBERT CRAUFURD

Al caer gravemente herido el general Craufurd sobre el glacis, cuando animaba y dirigía la operación del asalto a Ciudad Rodrigo por la brecha próxima a la Puerta Nueva, lo mantuvo sostenido por los brazos su ayudante de campo, hasta que inmediatamente fue retirado del campo de batalla por los sanitarios y llevado al convento de San Francisco, donde se había establecido un hospital y lord Wellington tenía instalado su puesto de mando para dirigir las operaciones del asalto.

Desde un principio se apreció que la herida del general Craufurd revestía extrema gravedad y se temió por su vida.

La bala que lo hirió le había entrado por un brazo, le había interesado la columna vertebral y el proyectil había terminado su trayectoria incrustado en uno de sus pulmones.

A pesar de los medios que los médicos le aplicaron para salvarle la vida, Craufurd murió el día 24 en una de las salas del convento después de atravesar una gran agonía, con la entereza de un héroe y la resignación de un cristiano, según expresión del conde de Londonderry.

Los periódicos londinenses de aquellos días publicaron la noticia de la muerte de uno de los más prestigiosos jefes militares de su ejército, dando amplia noticia de los actos celebrados en Ciudad Rodrigo para su entierro.

La prensa española, la Gaceta de la Regencia del 28 de marzo concretamente, recogió la noticia publicada en los periódicos londinenses del 3 de marzo, compendiándola en los siguientes términos:

"Los papeles públicos han insertado la descripción del funeral del general mayor Craufurd en Ciudad Rodrigo. El Lord Wellington, queriendo dar testimonio del aprecio que le merecían los grandes y distinguidos servicios de este general, determinó que su cadáver fuese enterrado en la misma brecha, que tan bizarramente había asaltado, y donde había muerto gloriosamente.

Para ello reunió la División Ligera delante del convento de San Francisco, donde estaban los restos de su amado comandante, a las 12 del día 25 de enero. La 5ª división estaba formada desde el convento hasta la brecha. Los oficiales de guardias, los de la cabellería y las divisiones 3ª, 4ª, y 5ª, con el Lord Wellington y todo su cuartel general, el general Castaños y su estado mayor, el mariscal Beresford, y la oficialidad portuguesa, formaban el acompañamiento fúnebre. Llevaban el féretro los valientes que el difunto había conducido tantas veces a la victoria. Hacía el duelo el mayor C. Stewart con el capitán W. Campbell, los tenientes Wood y Shawe, ayudantes del ilustre Craufurd, y el Estado Mayor de la División Ligera.

La ceremonia fue tan lúgubre como propia para inspirar en los espectadores los más tiernos y heroicos sentimientos, y hacer más eficaz el ejemplo de las virtudes militares que les dio el general Craufud. Las cenizas de este valiente guerrero descansan en la brecha de Ciudad Rodrigo, que fue el teatro de su gloria, regado primero con su sangre y después con las lágrimas de sus soldados y de todo el ejército".

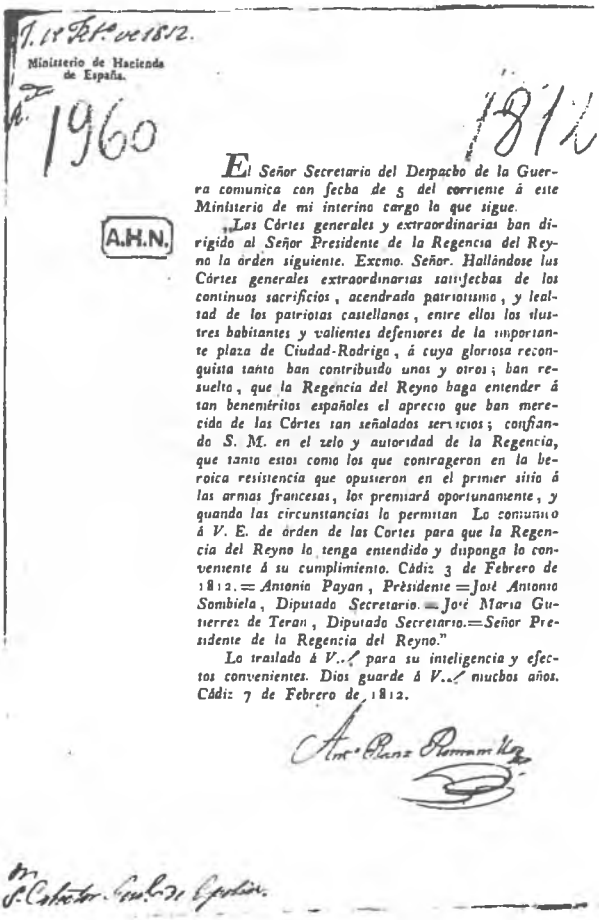
La muerte del general Craufurd tuvo en España cierta repercusión hasta el extremo de que el "Diario de la tarde" del 26 de febrero de 1812 publicó un soneto dedicado a su recuerdo, que aunque no es una maravilla literaria, es un homenaje sincero escrito por un anonimo A.B. que denota un claro sentimiento.

"SONETO"

"Al valerosos general inglés Craufurd, que ha fallecido de resultas de las heridas recibidas en Ciudad Rodrigo".

De Craufurd inmortal el alma hiende
las celestes moradas, do no es dado
llegar a quien cruel y despiadado
en discordia y furor el orbe enciende.
La santa libertad su brazo tiende,
y ante el solio la lleva, en que sentado
Jehová tronador preside el hado:
Mírala el padre y su dolor entiende:
"Calma querida, dice, el sentimiento,
que si faltó en la tierra su osadía
astro brillante es ya del firmamento.
Su luz alejará la tiranía
del suelo do se eleva el monumento
en que reposa su ceniza fría".

A.B.



Ministerio de Hacienda de España.

1960

1812

A.H.N.

El Señor Secretario del Despacho de la Guerra comunica con fecha de 5 del corriente á este Ministerio de mi interino cargo lo que sigue.

„Las Córtes generales y extraordinarias han dirigido al Señor Presidente de la Regencia del Reyno la órden siguiente. Excmo. Señor. Hallándose las Córtes generales extraordinarias satisfechas de los continuos sacrificios, acendrado patriotismo, y lealtad de los patriotas castellanos, entre ellos los ilustres habitantes y valientes defensores de la importante plaza de Ciudad-Rodrigo, á cuya gloriosa reconquista tanto han contribuido unos y otros; han resuelto, que la Regencia del Reyno haga entender á tan beneméritos españoles el aprecio que han merecido de las Córtes tan señalados servicios; confiando S. M. en el zelo y autoridad de la Regencia, que tanto estos como los que contrageron en la heroica resistencia que opusieron en el primer sitio á las armas francesas, los premiará oportunamente, y quando las circunstancias lo permitan Lo comunico á V. E. de órden de las Cortes para que la Regencia del Reyno lo tenga entendido y disponga lo conveniente á su cumplimiento. Cádiz 3 de Febrero de 1812. = Antonio Payan, Presidente = José Antonio Sombiela, Diputado Secretario. = José María Gutierrez de Teran, Diputado Secretario. = Señor Presidente de la Regencia del Reyno."

Lo traslado á V..... para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á V..... muchos años. Cádiz 7 de Febrero de 1812.

Circular de la Orden de las Cortes agradeciendo a los habitantes y defensores de Ciudad Rodrigo su patriotismo.

Ejemplar dirigido al "Sr. Colector Gral. de Expolios", que no era otro que el Dean y Canónigo de la catedral de Ciudad Rodrigo don Tomás Aparicio Santin.
A.H.N. de Madrid

La evidencia de que el general Craufurd se halla enterrado en el lugar en que se abrió la brecha pequeña, al lado mismo de la Puerta Nueva, según se refiere en "La Gaceta del Gobierno", está refrendado por dos testigos presenciales de su entierro. El capitán John Cooke escribe en sus "Memorias" que **"pocos días después del asalto, la mayoría de los oficiales de la División Ligera asistieron al funeral del general Craufurd. Fue enterrado al pie de la muralla, junto a la pequeña brecha".** Y Stepney Cowell dice en su "Diario" que Craufurd **"fue enterrado el día 25 en el sitio donde recibió su herida mortal, al pie de la brecha pequeña".**

Al día siguiente de hacerse cargo de la plaza la 5ª división del general Leith, el día 21, las tropas recibieron la primera paga desde que entraron en el país, según lo refiere el capitán Bragge. Inmediatamente después los ingenieros reales acometieron la labor de reparar las murallas y la luneta Renaud que los franceses habían construido en el Teso de San Francisco, y en levantar una serie de reductos en línea, comunicados entre sí sucesivamente por trincheras, desde el Teso Grande o de San Francisco, hasta el Pequeño Teso o montículo del Calvario, por encima de la fuente de la Alcachofa, de aguas no potables, hoy conocida como el Caño del Moro, más otro reducto en la parte de la izquierda del convento de Santo Domingo, que se llamó **"Reducto Castaños",** cuyos vestigios se podían apreciar hasta hace muy poco tiemnpo y eran conocidos como **"El Fortín".**

La luneta Renaud pasó a denominarse **"Reducto Mackinnon"** y a los sucesivos reductos construidos hasta el montículo del Calvario fueron nombrados **"Reducto Fletcher", "Reducto Wellington"** y **"Reducto Craufurd",** en homenaje a estos ilustres militares ingleses que tanto contribuyeron para la liberación de la ciudad, y como primer recuerdo tributado en Ciudad Rodrigo en honor de los dos generales que dieron su vida por liberarla de la dominación francesa, los generales Craufurd y Mackinnon.

La ciudad le fue entregada por Wellington al Capitán General don Francisco Javier Castaños, quien nombró Gobernador Militar y Político de la Plaza al teniente coronel don Luis Antonio de Rueda, nombramiento que recayó inmediatamente después en el brigadier don Dionisio Vives.

En la Cámara de los Comunes de Inglaterra, en la sesión del día 10 de febrero de 1812, se propuso el levantar un monumento a la memoria del general Mackinnon, muerto desgraciadamente por la explosión de una mina en el momento del asalto a Ciudad Rodrigo. Fueron condecorados con la Orden del Baño los generales Graham y Hill, y al vizconde de Wellington le fue conferida la dignidad y el título de conde del Reino Unido, con la denominación y título de Conde de Wellington y el asignarle una pensión vitalicia de 2.000 libras, por la brillante conquista de Ciudad Rodrigo, según se propuso en la

sesión del día 18, y en la sesión del día 21 se confirma la pensión al conde de Wellington y se hace la propuesta, aprobada por unanimidad de la Cámara, de que en la iglesia catedral de San Pablo se levante un monumento a la memoria del general Robert Craufurd, muerto a causa de las heridas que recibió el día 19 de enero al frente de la División Ligera en el asalto a Ciudad Rodrigo.

Por su parte, el Consejo de Regencia del Reino de España le otorga a lord Wellington el Ducado de Ciudad Rodrigo, con calidad de Grande de España de primera clase, libre de los impuestos de lanzas y medias anatas, primera gran concesión a Wellington por unas Cortes enardecidas y excesivamente generosas, si no irresponsables, en disponer de forma muy discutible de unos bienes nacionales. Don Julián Sánchez fue ascendido de coronel a brigadier de los Reales Ejércitos, por los méritos demostrados en la defensa de la Plaza, como también fueron ascendidos otros miembros del Ejército que se destacaron en la defensa de la ciudad.

Los habitantes de Ciudad Rodrigo, que tanto se distinguieron por su valor, entusiasmo y sacrificio en defender la plaza contra los franceses y que sufrieron y padecieron penalidades sin cuento con la ocupación y por las posteriores consecuencias del asalto de unas fuerzas que esperaban que se mostraran como liberadores y amigos, la única compensación que recibieron de las Cortes españolas, fue la de una promesa incumplida, la de que serían premiados oportunamente cuando las circunstancias lo permitieran, si excluidos el decreto del Consejo de la Regencia del 23 de agosto de 1811, que determinaba que **"sean preferidos para los destinos, en igualdad de méritos y circunstancias, los defensores de Zaragoza, Gerona, Ciudad Rodrigo y Astorga"**, aunque lo verdaderamente indignante fue la despectiva y cínica declaración de las Cortes de Cádiz, en la sesión nocturna del día 8 de diciembre de 1810, en la que la comisión de guerra al tratar **"sobre el premio que se había de conceder a los defensores de Ciudad Rodrigo, fue de opinión, y así lo aprobó el Congreso, que aquellos dignos patriotas debían darse satisfechos con el honroso elogio que se había hecho de ellos en las Cortes".**

Monumento por Bacon Jr., en el crucero norte de la catedral de San Pablo, en Londres, en memoria de los Generales Robert Craufurd y Henry Mackinnon, donde figura un breve epitafio:

Erected by the Nation
To Major-General Robert Craufurd,
and Major-General Henry Mackinnon,
Who fell at Ciudad Rodrigo, Jan. 19, 1812

BAJAS QUE SUFRIO EL EJERCITO A LAS ORDENES DE WELLINGTON DURANTE EL SITIO Y ASALTO DE CIUDAD RODRIGO

Durante todo el sitio

	Oficiales	Ofic. Menor Grad.	Soldados	TOTAL
Huertos	9	11	158	178
Heridos	70	35	713	818
Desaparecidos			7	7

Día del asalto

	Oficiales	Soldados	TOTAL
Muertos	6	140	146
Heridos	60	500	560

DIVISIONES Y REGIMIENTOS QUE PARTICIPARON EN EL ASALTO DE CIUDAD RODRIGO, CON LOS NOMBRES DE ALGUNOS DE SUS JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS, CITADOS EN DOCUMENTOS, CRONICAS Y OBRAS HISTORICAS CONSULTADAS

MARISCAL GENERAL:	Lord Vizconde Wellington
— Ayudantes:	Mayor Gordon
	Capitán Burgh
	Lord March
	Lord Clinton
	Lord Charles Manners
— De la Plana Mayor:	Teniente General Thomas Graham
	Sir Brent Spenser
	Mayor Sturgeon
	Capitán Ellicombe
	Lugarteniente Wright
— Ingenieros Reales:	Teniente Coronel Fletcher, Ingeniero Jefe
	Mayor de Brigada M. John T. Jones
	Capitán Mac Leod
	Teniente Thomson (herido)
	Teniente Reid (herido)
DIVISION LIGERA:	Mayor General Robert Craufurd (muerto)
— Ayudantes de Campo:	Teniente Wood
	Teniente Shave
— Regimiento 43º:	Teniente Coronel Charles Mac Leod (6)
	Capitán Duffy

---

(6) El Teniente Coronel Mac Leod, del Regimiento 43º de la División Ligera de Craufurd, fue el verdadero héroe de la defensa de Ciudad Rodrigo, quien intentó con todo empeño y energía el evitar que la ciudad fuera saqueada.
Murió a consecuencia de las graves heridas que recibió el día 25 de marzo de 1812 en el sitio de Badajoz.
En la capilla de San Pablo de la Abadía de Westminster de Londres, en su recuerdo se puso una lápida con la siguiente inscripción:

Capitán Ferguson
Capitán Hopkins
Capitán John Cooke
Teniente Madden
Teniente Uniacke (muerto)
Teniente Pattenson (muerto)
Soldado Evans, barbero del Rgto. (muerto)

— Regimiento 52º:

Mayor Jorge Napier (herido)
Mayor Gibbs
Teniente Coronel Colborne (herido)
Teniente Coronel Robert Barclay
Capitán Dobbs (muerto)
Capitán Rice Jones
Capitán Mein
Teniente John Gurwood (herido)
Teniente Woodgate
Teniente Anderson
Teniente Thomson
Cabo Mac Intyre
Soldado Pat Lowe

— Regimiento 95º:

Mayor General Vandeleur (herido)
Coronel Andrew Barnard
Coronel Cameron
Teniente Coronel Sidney Beckwith
Capitán Mitchel
Capitán Johnstone
Capitán J. Kincaid
Subteniente Thomas Livingstone Mitchel

— Columna Pack:

Brigadier General Pack
Mayor Lynck

To the memory of
Lientenant-Colonel Charles Mac Leod,
Who fell at the siege of Badajoz,
Aged 26 years
This monument is erected by
his brother officers.

— 1º Rgto. Portugués:	Tte. Coronel Hill
— 16º Rgto. Portugués:	Coronel Campbell
— 3º Cazad. Portug. :	Tte. Coronel Geroge Elder
3ª DIVISION:	Teniente General Sir Thomas Picton
— Ayudante de Campo:	Tte. Coronel Macpherson
— Brigada MACKINNON:	Mayor General Henry Mackinnon (muerto)
— Ayudante de Campo:	Capitán Call
— Regimiento 45º:	Capitán Hardyman (muerto) Teniente Metcalfe
— Regimiento 74º:	Mayor Manners Capitán Thompson
— Regimiento 88º:	Mayor Willian Mackie Teniente Mackie Tte. John Theophilus Beresford (muerto) (7)
— Regimiento 83º Comp. Inf. Ligera:	Tte. Coronel Bryan O´Toole
— 2º Cazad. Portug.:	Tte. Coronel Bryan O´Toole
— 5º Regimiento (2º Batallón):	Mayor Ridge Mayor Grey (herido)

(7) John Theophilus Beresford, teniente abanderado del 88º Regimiento de Infantería de la Brigada de Mackinnon, murió el 29 de enero de 1812 en Villa Formoso, como consecuencia de las heridas recibidas por la explosión de la mina de la brecha principal en el asalto de Ciudad Rodrigo, cayendo herido en brazos del capitán Call, ayudante del General Mackinnon.
Fue enterrado con honores militares en la ciudad de Almeida.
En su recuerdo se puso en la Abadía de Westminster una lápida de mármol con un sentido epitafio, en el que consta que nació el 16 de enero de 1792 y cuyos padres fueron Marcus Beresford y Lady Frances.

	Tte. Coronel Dunkin
— Regimiento 94º (2º Batallón):	Tte. Coronel James Campbell
— Regimiento 77º:	Estuvo de reserva a la derecha del convento de Santa Cruz

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL

— ALDINGTON, Richard: Wellington. México, 1945.
— ARCHIVO DEL AUTOR.
— ARCHIVO HISTORICO NACIONAL.
— AZCARATE, Pablo de : Wellington y España. Madrid, 1960.
— BELMAS, J.: Journaux des sièges faits ou soutenues par les français dans la Peninsule, de 1807 a 1814. (5 vols.) Paris, 1837.
— BRADFORD, Guillaume: Sketches of the country, character, and costume in Portugal and Spain... 1808 and 1809. Londres, 1813.
— BRAGGE, William: Peninsular portrait 1811-1814. Londres, 1963.
— COOKE, Jhon Henry: Memoirs of the late war. (2 vols.) Londres, 1831.
— CRAUFURD, Rev. Alex H.: General Robert and his Light Division, 1 vol. en 8º.
— FITCHETT, W.H.: How England saved Auropa. The Story of the Great War. 1793-1815. (III vol.) Londres, 1909.
— FOY, General: Histoire de la Guerre de la Peninsule sous Napoleon. (4 vols. y un atlas) Paris, 1828.
— FRIRION, Baron: Journal historique de la campagne de Portugal entreprise par les français. Paris, 1841.
— GOMEZ DE ARTECHE, José: Guerra de la Independencia. (15 vols.) Madrid, 1893.
— GURWOOD, Jhon: The Dispatches of Field Marshal the Duque of Wellington. (8 vols.) Londres, 1844-47.
— HAMILTON, Thomas: Annals of the Peninsular campaigns 1808-14. (3 vols) Londres, 1829.
— JONES, M. Jhon T.: Journaux des siéges entrepris par les alliés en Espagne, 1811 at 1812. (2 vols) Paris, 1821.
— KINCAID, Captain J.: Adventures in the rifles Brigade in the Peninsula, France and the Netherlands, 1809 to 1815. Londres, 1830.
— LARPEN, Sir Geroge: The private journal... during the Peninsular War. Londres, 1854.
— MACKINNON, Mayor Gral. Henry: A journal of the campaign in Portugal and Spain, from the year 1809 to 1812. Londres, 1812.
— MACPHERSON: Memoirs.
— MARWELL, W.E.: Life of Field-Marshal his grace the Duque of Wellington. (3 vols) Londres, 1840.
— MASSENA, Mariscal: Memoires (por el Gral. Kock) (Tomo VII) Paris, 1850.

— NAPIER, Sir W.F.P.: History of the war in the Peninsula. (Vol. IV) Londres, 1862.
— OMAN, Charles: History of the Peninsular War. (6 vols) Oxford, 1902-1919.
— PEREZ DE HERRASTI, Andrés: Relación histórica y circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo en el año de 1810. Madrid, 1814.
— PRIEGO LOPEZ, Juan: Guerra de la Independencia (6 tomos publicados) Madrid, 1972-1992.
— ROBINSON, H.B.: Memoirs of Lientenant-General Sir Thomas Picton. (2 vols.) Londres, 1835.
— SARRAMON, Jean: Ciudad Rodrigo en poder de los ingleses. Rev. Hist. Mil. Madrid, 1970.
— SMITH, George: The Distionary of National Biography. (Vols, V, VII y XII) Oxford University Press, 1917.
— SMITH, George Lewis: The monuments and genü of St. Paul´s cathedral, and of Westminster abby. (vol. II) Londres, 1839.
— SOUTHEY, Robert: History of the Peninsular War. (3 vols). Londres, 1827.
— STEPNEY COWELL, K.H.: Leaves from the diary of an officer of the Guards. Londres, 1854.
— TOMKINNON, Tte. Coronel: The diary of a Cavalry officer in the Peninsular War... 1809-1815. Londres, 1894.
— TORENO, Conde de: Historia del levantamiento, guerra y revolución de España. (6 vols.) Barcelona, 1974.
— VANE, Charles William. (Marqués de LONDONDERRY): Histoire de la Guerre de la Peninsule. (2 vols.) París, 1828.
— WELLER, Jac: Wellington in the Peninsula, 1808-1814. Londres, 1962.
— WELLINGTON EN ESPAÑA: Catálogo del Museo Municipal de Madrid de la Exposición celebrada desde el 19 de octubre hasta el 11 de diciembre de 1988. Madrid, 1988.
— WILSON, Sir Robert: Narrativa of the campaigns of the Loyal Lusitanian Legion, during the years 1809-1811. Londres, 1812.
— YOUNG, Brigadier Peter: Wellington masterpiece. Londres, 1972.

CARTA DE WELLINGTON AL GENERAL GOBERNADOR MILITAR DE CIUDAD RODRIGO, DON ANDRES PEREZ DE HERRASTI

"A don Andrés Herrasti, Gobernador de Ciudad Rodrigo".

Celorico, 7 de mayo de 1810

"Para mí es siempre una satisfacción el poder prestarle ayuda a Su Excelencia y a la ciudad de Ciudad Rodrigo".

"El ejército aliado a mis órdenes se halla ahora en una posición en la que puede acudir a socorrer a Ciudad Rodrigo si las circunstancias me permiten hacerlo. Su Excelencia debe saber, sin embargo, que el objeto del que soy responsable no es únicamente el proteger a esa ciudad, y que he de utilizar los medios a mi alcance con la prudencia y circunspección que la situación exija".

II

DISCURSO DE CONTESTACION DEL

DR. D. JUSTO GARCIA SANCHEZ

Ilmo. Sr. Alcalde y concejales del Excmo. Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, Ilmo. Sr. Presidente del C.E.M., Ilustres miembros del mismo, señoras y señoras:

En los pocos años que lleva funcionando el C.E.M. hemos tenido la oportunidad de asistir a algunas de las actividades programadas en este tipo de instituciones, de las que destacan los discursos de ingreso de los miembros numerarios. Hoy tenemos la satisfacción de incorporar como tal a uno de los farinatos que se ha hecho a sí mismo, autodidacta en el más puro sentido de la palabra, y de los naturales que más profundamente sienten su Ciudad, a la que ha dedicado muchos de sus esfuerzos intelectuales, a pesar de los múltiples inconvenientes de todo tipo que ha tenido que salvar, en medio de las ocupaciones profesionales que le alejaban de manera estable, y en su quehacer diario, de su tierra natal.

Decía Bertrand Russel que "la última consecuencia de la civilización es su aptitud para ocupar inteligentemente los ratos de ocio", y nuestro académico, riguroso seguidor de la máxima citada, ha tenido presente de modo ininterrumpido el ejemplo que señalaba Celso: "el ocio debilita el cuerpo, mientras que el trabajo lo refuerza; aquel produce una pronta vejez, y éste una larga juventud", o el testimonio de Catón: "amargas son las raíces del estudio, pero los frutos son dulces". Por ello, hoy podemos elogiar en este instante la trayectoria humana e intelectual de un español que, conforme al refranero, se ha preocupado generosamente por la ilustración de sus paisanos, comunicando su saber con buenos modos, en lugar de reconcentrarse y guardarlo sigilosamente en un arca de siete llaves.

Presentar a Feliciano Sierro en Miróbriga es superfluo y resulta casi un contrasentido, pues todos habéis sido testigos directos de sus primeros pasos

en la infancia y juventud, y habéis disfrutado de las ya habituales conferencias que reiteradamente ha pronunciado en Miróbriga. El parentesco de sangre que me une con la familia Malmierca, incrementado por la amistad y afecto que nos unen desde hace muchas décadas, me excusa de cualquier exceso en que pudiera incurrir.

El académico que hoy ha pronunciado el discurso nació en Ciudad Rodrigo, el 25 de noviembre de 1925. Concluidos sus estudios primarios en las graduadas del arrabal de San Francisco, asistiendo y gozando de las clases impartidas gozosamente por aquellos maestros humanistas, identificados con el ideal que representaba, como símbolo. D. José Manuel Hidalgo, lo que dejaría una huella perenne en su vida, cursó tres años de dibujo y posteriormente de talla en madera, consiguiendo algunos premios en exposiciones celebradas, durante la década de los años cuarenta, en Salamanca y Valladolid.

Su afición a los libros queda constatada desde los primeros años de adolescencia y juventud, sirviendo al ejército desde 1947 a 1950, como bibliotecario, en la Capitanía General de Valladolid. Con los conocimientos obtenidos, y su óptima reputación, es encargado por la editorial Aguilar madrileña, desde 1951 hasta 1959, de la tarea de informador bibliográfico en su departamento de exportación, cursando simultáneamente estudios de inglés y francés.

Especializado en el ámbito comercial, dentro del mundo de la venta del libro, trabaja profesionalmente, de forma sucesiva, en la distribuidora Esparbra, en la editorial Doncel, en la distribuidora de libros Hispano Argentina, y en la editorial Anaya, ingresando, por último, en 1972, en la editorial Bruño, de la que se jubiló en 1985.

Consciente de la necesidad de una titulación académica para mejorar su preparación humanística, anteriormente no satisfecha por falta de recursos, y comprometido con las ideas de Séneca, quien afirmaba: "¿hay algo más necio que no aprender, por no haber aprendido antes?", o el pensamiento igualmente compartido por quien les habla, a tenor del cual: "el estudio es una escuela que admite a los hombres de cualquier edad. Siempre es tiempo de aprender. Estudia no para saber una cosa más, sino para saberla mejor", durante ese último período de actividad profesional en la editorial Bruño, obtuvo el título de graduado escolar, y se preparó, con vistas al acceso a la Universidad, por el mecanismo especial previsto para los mayores de veintitres años, aunque no podría ver cumplido su objetivo a causa de una enfermedad.

El primer contacto con el mundo literario se produjo a los trece años, al resultar seleccionado una redacción que hiciera, en 1938, sobre las últimas vacaciones veraniegas, si bien no vería la luz impresa por haberse suprimido, en aquellas difíciles circunstancias, la publicación de "Miróbriga", destino final previsto para el trabajo.

De la larga lista de premios que ha merecido en su dilatada carrera destacamos los siguientes: en 1942 logró el primer premio concedido al mejor trabajo de redacción sobre la actriz Greta Garbo, en el concurso convocado por el Teatro Nuevo mirobrigense; en 1954 se le conceden dos primeros premios en el certamen literario convocado por el Obispado de Ciudad Rodrigo, merced a sus trabajos intitulados "La Inmaculada en el arte pictórico español" y "La Universidad de Salamanca en favor del Dogma de la Inmaculada". En 1980 consiguió el primer premio en el concurso "Las artes y las letras", establecido por la Asociación de Amigos de Ciudad Rodrigo, en base a diversos estudios histórico-artístico sobre temática mirobrigense; en 1981 se le distinguió con el segundo premio en el concurso instituido por la Asociación cultural El Porvenir de Ciudad Rodrigo; en 1986, su trabajo "Don Julián Sánchez El Charro - De guerrillero a Brigadier" tuvo mención especial en el primer certamen del premio de investigación Don Julián Sánchez "El Charro", instituido por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra localidad, y que en 1988, finalmente, se le concedió, ex-aequo con D. Bienvenido García Martín, el primer premio por su trabajo "Historia documentada de los judíos moriscos, conversos e Inquisición en el obispado de Ciudad Rodrigo", editado en 1990, por la Excma. Diputación Provincial salmantina.

De sus publicaciones, además de este interesante trabajo, que venía a cubrir una laguna bibliográfica, —con amplia información, no exenta de rigor científico—, y de las esporádicas colaboraciones sobre temas mirobrigenses en el periódico provincial El Adelanto, o de las frecuentes aportaciones científicas en La Voz de Miróbriga, semanario del que podemos afirmar, sin reserva alguna, que ha logrado por este método un éxito indiscutible en su singular andadura desde los años cincuenta, es digno de mención el trabajo relativo a "Los mirobrigenses y otros salmantinos en la conquista de Méjico", Ciudad Rodrigo 1989, fruto de sus dilatadas lecturas y paciente investigación sobre temática hispano-americana, desde la óptica de los naturales de nuestra población que dejaron una huella indeleble en aquel Continente.

Conferenciante ameno e ilustrado, ha participado, durante la última década, en casi todos los eventos relevantes que han tenido relación con el pasado histórico-cultural de nuestra Ciudad, desde la conmemoración del Centenario de la declaración de nuestro templo catedralicio como monumento nacional, en 1989, pasando por las semanas culturales que cada año organiza el Centro cultural y recreativo El Porvenir, o el pregón de la Peña Puerta del Desencierro, de 1990, sobre los temas "La hidalguía, los hidalgos de Ciudad Rodrigo y los libros de caballería", y "Catalina Arias, la familia de los Vázquez y Feliciano de Silva", hasta la más reciente de 23 de mayo de 1992, en la sesión conmemorativa del V centenario de la fundación del Hospital de

la Pasión de Miróbriga, con el título "Benefactores y expoliadores del Hospital de la Pasión de Ciudad Rodrigo", sin olvidar su tarea de pregonero en las fiestas de Valdenaya, Trillo (Guadalajara), durante los tres últimos años.

Su demostrado y profundo amor a Ciudad Rodrigo dio origen a que, el día 9 de octubre de 1990, el Excmo. Ayuntamiento de nuestra localidad, presidido por D. Miguel Cid Cebrián, le otorgan la medalla de la ciudad, en premio a su fecunda labor como historiador y cronista de la misma.

Concluida sumariamente la parte biográfica, pasemos ahora a la materia de su brillante discurso: "El General Robert Craufurd y el asalto de Ciudad Rodrigo por los ingleses en 1812".

El tema elegido por nuestro académico no podía ser más oportuno, tanto por el momento de su selección temática como por la concrección de su estudio.

Dice el Talmud: "desgraciado el que construye una ciudad con sangre; desgraciado el que funda una ciudad con iniquidad". Si Miróbriga es el resultado del asentamiento pacífico de pobladores, cuyo origen se pierde en brumas de leyenda, algunos de nuestros episodios más conocidos tienen una relevancia sin par desde el punto de vista de la actividad militar, bien por sobrevivir ante la adversidad, bien por defender unos ideales asumidos globalmente por la población, y cuya defensa se extiende hasta el sacrificio mortal de la vida de sus habitantes, como ocurrió en 1810-1812, frente al invasor francés.

Acabamos de ser testigos de la constitución, en el emblemático Teatro Nuevo de nuestra Ciudad, de una Asociación internacional de estudiosos sobre la Guerra de la Independencia. Este hecho es un indicio sintomático del interés que despierta esta materia entre los investigadores en el momento presente, los cuales destacan el papel ejemplar desempeñado por los mirobrigenes en dicha contienda, parangonable con los sitios de Zaragoza o Gerona, por citar dos de las poblaciones más celebradas.

Por otra parte, hace escasos días un grupo de militares ingleses, encabezados por miembros de la legación diplomática de la Gran Bretaña, ubicada en la capital de España, han rendido tributo de homenaje y admiración a quien derramó su sangre en la jornada de asalto de Ciudad Rodrigo en 1812, colocándose una lápida conmemorativa para que sirva de testimonio de su generosa y valerosa entrega a la causa que le trajo a España.

En este eje de coordenadas hay que situar la contribución investigadora de Feliciano Sierro. Como experto bibliógrafo, y cuidado bibliófilo, ha tenido acceso y consultado abundantemente el fondo importante de la Biblioteca Nacional de Madrid, en la que se depositó, en 1977, la parte principal de la colección que perteneciera a D. Manuel Gómez Imaz, especializada en la Guerra de la Independencia; basta observar los títulos de sus fuentes de infor-

mación para constatar que ha llevado a cabo de manera rigurosa el examen de los principales trabajos que hacen referencia a su objetivo, escritos en castellano o en lengua extranjera, particularmente los que guardan relación directa con el militar estudiado y están redactados en inglés, comenzando por el estudio biográfico del deudo del general, publicado en 1891, en el que analiza la expedición a España en 1808 y los servicios prestados por el general a las órdenes primero de Mooro y más tarde de Wellington, o la clásica obra de OMAN, C.W.C. *A History of the Peninsular War, Oxford 1902-1919,* cuyo tomo V trata de la conquista de Wellington. Quizás deberían enumerarse algunos otros títulos que hacen referencia a nuestro argumento, como son las siguientes obras: *"Copy of the Franch Engineer Official Journal of the Siege of Ciudad Rodrigo en 1812".* Mr. de la biblioteca de Ingenieros de Chatam, que hace referencia a los sitios de Ciudad Rodrigo en 1812; GOMM, F.-M. Sir Williams, *"His letters and journal, from 1797 to Waterloo (1815)",* London 1881, pues este general asistió a las batallas de Busaco y Fuentes de Oñoro en 1811; Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Madrid y Burgos en 1812, etc., con interesantes y acreditadas impresiones en concepto de escritor y observador imparcial; GORDDON LENNOX, Ch., *Memoirs of Charles Gordon Lennox-* Fifth Duke of Richmond, 1862, pues intervino en la guerra sirviendo a Wellington, y estuvo en Ciudad Rodrigo y Salamanca, al igual que el BARON DE GRAHAM, teniente general inglés, que vino a España en 1811, estando presente en el Sitio de Ciudad Rodrigo; la *History of the Campaigns of trhe british forces in Spain and Portugal, undertaken to relieve those countries from the french usurpation,* London 1812-1813, cuyo tomo cuarto está dedicado a la campaña de Wellington; o el *Journal of an officier in England, Ireland, Denmark, Portugal, Spain, Malta Sicily and Italy, Londres 1827,* ya que trata del diario de un oficial de la Real legión alemana que participó, entre otros hechos, en los Sitios de Ciudad Rodrigo.; o la obra de MAC-QUEEN, J. *Campaigns of 1812, 1813, 1814, 1815 and the causes and consequences of the French Revolution",* Glasgow 1816, en tres vols.; o la de NEVES COSTA, J.M. das, *"Historia abreviada das campahnas de Lord Wellington en Portugal y Hespanha",* Lisboa 1814, o la de ROESSLER, von, *"Die operationem Vellington und Soults 1809 und 1812, in ihrer Strategischen parallele",* Berlín 1894, donde estudia comparativamente y paralelamente las estrategias empleadas por los dos eminente smilitares en las operaciones peninsulares de 1809 y 1812, sin olvidar la MEMOIRE E VIE DE NEY, París 1816, dos vols. (París 1833 y London 1837), o la de GRATTAN, W, *Adventures with Connaught Rangers,* London 1902, que refiere los hechos en los que intervino este teniente con el 88 Regimiento, asistiendo a las batallas de Fuentes de Oñoro, El Bodón, y Sitio de Ciudad Rodrigo, entre otros, y la de HALE, J., *Journal of*

James Hale, late Sargeant in the 9th Regimen of Foot, Cirencester 1826, ya que es un diario del novel sargento de infantería inglesa que participó en las operaciones de Lord Wellington en 1812. Por último, queda un apartado de bibliografía española directamente relacionada con nuestro pueblo y su participación de la Guerra de la Independencia, de la que destacamos la obra de GUZMAN, E., *Memoria en que se manifiestan los hechos gloriosos de Ciudad Rodrigo.* Lo firma el Ayuntamiento y D. Eusebio Guzmán. Imprenta Nacional; LOPEZ RAMAJO, A.M., *Disertación histórico-arqueológica de la antigua Miróbriga,* Madrid 1875, 2 ed. corr. y aum., ya que examina particularmente el sitio de 1810 y transcribe cartas de los contendientes; LOPEZ, E.M. de Dios, *Velada popular celebrada en Ciudad Rodrigo el 31 de agosto de 1910,* Ciudad Rodrigo 1910, en recuerdo de la defensa de la plaza frente al general Massena, *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época,* por D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE, precedida del relato crítico de los sucesos de más bulto, ocurridos durante el reinado de Carlos IV, seguida del de la época de 1814 a 1820..., tres vols., Madrid 1847, en cuyo t. II, cap. XXVII, págs. 277-279 se resume el asalto de Ciudad Rodrigo en 1812, o los que figuran pormenorizadamente en el *Diccionario Bibliográfico de la guerra de la Independencia Española (1808-1814),* vol. III, Madrid 1952, págs. 171-183, algunas de cuyas obras aparecen en el elenco del estudio que comentamos.

La metodología seguida por nuestro investigador resulta de gran atractivo para el oyente y estudioso, ya que en un verbo fácil y preciso se expresan los principales avatares de la vida militar de este general inglés que sirvió fielmente a su jefe Wellington y del que obtuvo, en su fallecimiento, el testimonio más autorizado de respeto y reconocimiento, para ejemplo del resto de las fuerzas que formaban sus unidades de élite, llevando a término la localización del lugar en el que falleciera víctima de las huestes napoleónicas.

El trabajo de Feliciano Sierro merece en este punto un especial elogio, ya que no ha dudado en acercar literaria y gráficamente su investigación a cualquier ciudadano, independientemente de su formación intelectual, incorporando gráficos, planos, fotografías o reproducciones de documentos en su incansable afán por reunir los diferentes medios ilustrativos de especial significación en el evento que ha estudiado.

Si el primer sitio de Ciudad Rodrigo, por parte de las tropas de Massena, ha sido la causa de que nuestra población participara activamente en uno de los hechos que mayor honra han producido en la nación española, la toma de Miróbriga por las fuerzas inglesas que mandaba Wellington dejó un sabor agridulce en los mirobrigeneses. Dice Gómez Arteche que "la conquista del fuerte Renaud, proporcionó a Wellington el dominio del Teso, donde pudo

establecer las obras que batieron la plaza en brecha, y las de Santa Cruz y San Francisco, en los dos flancos, para poder caminar sin recelo al asalto", y en base a esta estrategia, las fuerzas aliadas lograron su entrada en las murallas, lo que le valió al general Lord Vizconde, la concesión por las Cortes de Cádiz del título de grandeza de España de primera clase por sí y sus sucesores, libre de lanzas y medias anatas, con el título de Duque de Ciudad Rodrigo, en virtud del decreto de la Regencia del Reino fechado a 30 de enero de 1812.

En el esfuerzo por seguir los planes señalados para la toma de la Ciudad fallecieron nueve oficiales, de entre los cuales sobresalía el general Craufurd, al frente de su decisiva Brigada Ligera, antiguo combatiente en el Sitio de 1810, y para el cual queda una memoria limpia en nuestra población, ya que sus graves heridas explican sobradamente que no pueda atribuírsele ninguno de los excesos que cometieron sus connaturales, en teoría nuestros amigos, aliados y libertadores, al concluir el asalto: asesinatos, violaciones, robos, etc. son eventos que presenció Miróbriga, fruto del desenfreno de aquellas tropas británicas, a las que faltaba el militar que hoy recordamos, por encontrarse herido de muerte en el Convento de San Francisco.

Decía Tácito, historiador romano: "inicua condición tienen las cosas de la guerra, ya que todos se achacan los hechos heroicos, y sólo a uno se imputan los fracasos". En esta contienda de 1812 no hay duda de la cualidad de héroe que debemos asignar al general Craufurd, cuyos aspectos biográficos más relevantes ha desarrollado magistralmente Feliciano Sierro.

Quisiera concluir con las palabras de Gracián: "Nunca ha habido buena guerra, ni mala paz" y por ello sería de desear que desaparecieran las contiendas militares que aún presenciamos en nuestro planeta, pues el ser humano debe resolver sus divergencias y conflictos por medio del derecho que realice la idea de la justicia, y de este modo se respetaría la dignidad humana.

Este libro se terminó de imprimir el día 27 de
octubre de 1993 en los talleres de LLETRA
Artes Gráficas de Ciudad Rodrigo con una tirada
de 500 ejemplares.